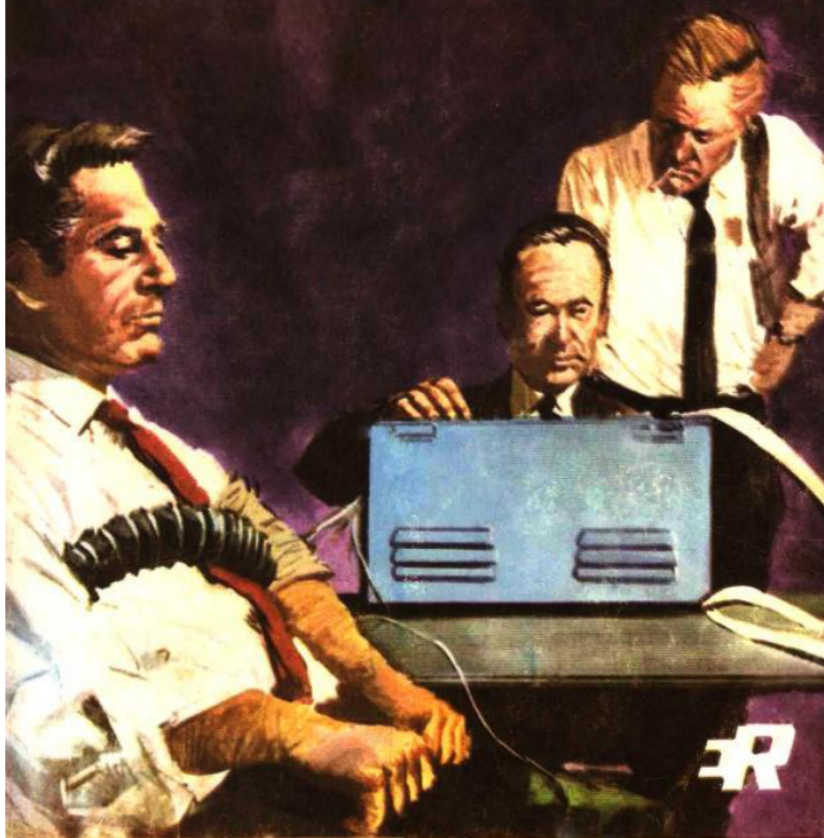


FBI

cita con la ley

MORTIMER CODY



FBI



R

Título del original, en inglés:

APPOINTMENT WITH THE LAW

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 11.602-1968

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Cita con la Ley

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

**Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:**

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos rumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinar me.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha.

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

HABÍA bastante gente en la Gare de

l'Est,

de París, aquella tarde. Se mezclaba el murmullo de las conversaciones, siempre con ese tono bajo suave de los franceses, con el sonido de los trenes que entraban y salían de la estación, con sus pitidos y señales; asimismo, de vez en vez, los altavoces divulgaban sus Instrucciones para los viajeros.

Entre la gente, como una más, estaba Alva Lamotte, una rubia platino de rostro inocente y ojos muy grandes, color verde claro. Alva Lamotte estaba sentada en un banco, con una revista ocultando parte de lo que la minifalda dejaba al descubierto, ya que el abrigo oscuro que llevaba estaba abierto.

Resultaba agradable, exótica incluso, con el cabello platino recogido por un pañuelo de seda, morado. Alva Lamotte, sin el menor signo de impaciencia o nerviosismo, se limitaba a esperar. Era ya cuestión de minutos; con una indiferente ojeada, observó que bastante gente se trasladaba al andén por el cual efectuaría su entrada el tren procedente de Viena.

Ella no se movió hasta que vio aparecer el tren por una punta de la vía. Entonces, recogió La revista, el bolso, se abrochó el abrigo y se dirigió hacia el andén, cuando el tren perdía velocidad, y muchas cabezas aparecían por las ventanillas, y gente en las plataformas, con la nariz pegada a los cristales de las puertas eléctricas.

Luego, cierto revuelo, a medida que la gente se iba apeando; mozos con sus carretas mecánicas, gente que gritaba hoteles y pensiones, gente que se abrazaba con gente, y otros que se apeaban solos, y salían solos del andén y de la estación.

Alva Lamotte estaba bien visible pegada a una columna del

andén, y seguía esperando. Tardó un par de minutos en producirse el encuentro. El hombre, con un cigarrillo humeante entre los labios, con una pequeña maleta en la mano izquierda, se acercó a ella.

Resultaba un hombre joven, de buen aspecto, vestido correctamente, con traje oscuro y una vulgar gabardina. Lo más notable era su rostro, anguloso, pétreo, donde brillaban un par de ojos oscuros; su cabello era corto, negro, muy espeso, y estaba ligeramente revuelto.

—¿Es usted? —Gruñó el hombre.

Ella, un tanto perpleja, inquirió a su vez:

—¿Quién, señor?

—Oh, claro... ¿A qué hora sale el tren para Lyon, señorita Vinnet?

—Eso está mejor —sonrió levemente ella—. Salga de los andenes y diríjase hacia los indicadores de horarios del interior del país. Mire hacia su derecha; verá un coche negro. Las puertas están abiertas.

—Ya... Todo esto me parece de lo más idiota —gruñó—. ¿O acaso aún no puedo considerarme...?

—En realidad —musitó Alva—, no se trata de usted, señor. Se trata de «mí».

Lo dijo con voz baja, pero muy clara, matizando perfectamente. El tipo debió entender, y sin pronunciar una sola palabra más, se separó de Alva Lamotte, dirigiéndose hacia el vestíbulo de la estación. Instantes más tarde, veía el coche negro aparcado. La gente seguía rebullendo en torno; nada cambiaba por el hecho de haber llegado el tren procedente de Viena. Llegaban muchos otros, a intervalos muy cortos, y las escenas se repetían una y otra vez.

El hombre, con caminar fácil, elástico, como si no notara el cansancio de un largo viaje, se dirigió hacia el coche. Con absoluta naturalidad abrió la portezuela correspondiente al asiento contiguo al del conductor. Lo primero que hizo fue tirar atrás la pequeña maleta, y luego se puso cómodo, fumando.

Cinco minutos más tarde, perdida entre la marea de un tren procedente de Chapelle, hacia su aparición la señorita Lamotte, que fue directa hacia el coche, se introdujo en él, y lo puso en marcha.

—¿Todo bien? —inquirió el hombre.

—Parece que sí; eso no puede asegurarse nunca.

—Ya... Se supone que sabe lo que hace; yo me consideré a salvo en cuanto el tren partió de Viena. De todos modos, supongo que su cautela es señal de que me encuentro en buenas manos.

—Espero que así sea..., y...

Él la miró.

—Y por delicadeza —dijo, con una sonrisa breve, algo torcida—, no quiere agregar, o repetir, lo de antes: que lo hace por usted misma.

—Usted lo dice todo —murmuró Alva Lamotte.

—No importa. Es lógico, en realidad. Yo estoy contento de cómo van las cosas. Por otra parte, creo que me he mostrado un poco brusco. No sé qué me ocurre, pero delante de una mujer hermosa siempre reacciono de esa forma. Absurdo, ¿no? Me muestro hosco, estúpido... Tal vez pienso que ciertas mujeres son demasiado hermosas para mí.

Ella le miró de soslayo, mientras conducía a prudente velocidad, casi en caravana con otros coches, por Lafayette.

—Su aspecto es una cosa —dijo Alva—, y su manera de comportarse otra. Es evidente que no acierta. Sin embargo, eso no ha de preocuparme a mí. Y calle ahora.

—De acuerdo, pero permítame una pregunta: ¿Adónde vamos?

—A mi casa. ¿O le dieron instrucciones en otro sentido?

—No. No me dijeron nada específico con respecto a usted. Me proporcionaron esa... contraseña, y me dejaron en sus manos. Es todo.

—Entonces, calle y confíe en mí.

El hombre no se hizo repetir la orden de callar.

Se dedicó a contemplar los desfiles de luces, de luminosos, de color, del París en las primeras horas de la noche. Parecía sumergido por completo en todo aquello, cosa lógica, según Alva, para una especie de paleta llegado de una ciudad provinciana de Rusia. Alva, sin dar explicaciones, dio un largo rodeo, asegurándose de que no era seguida, hasta que volvió a Lafayette, para tomar la calle Victoire, estrecha, silenciosa, tranquila. Un minuto de rodar por rué Victoire, y se detuvo frente a una sinagoga.

—¿Es ahí? —inquirió, sorprendido, el ruso.

—No... En frente.

—Ya...

El ruso miró hacia el edificio brevemente señalado con un movimiento de cabeza por Alva Lamotte. Un edificio de tres pisos, bastante antiguo, sumido en un discreto silencio. Se apearon ambos del coche y el ruso esperó a que Alva echara a andar, para seguirla, con su pequeña maleta en la mano izquierda.

Se metieron en el edificio. Segundo piso. De su bolso, Alva extrajo un llavín y abrió una puerta, la segunda. Se metía en el piso, encendía la luz del vestíbulo, y hacía una seña al ruso. Instantes más tarde, ella, con un suspiro, se quitaba el abrigo y el pañuelo de cabeza. Y el ruso, por el contrario, contenía el suspiro. Su mirada estaba fija en la porción de finas y esbeltas piernas que dejaba visibles la minifalda, y también se posaba en la silueta en general de Alva.

—Puede quitarse la gabardina —dijo ella.

—Sí... Perdone. En mi ciudad..., eso —miró las piernas de Alva — no es muy corriente.

—Comprendo. Supongo que se ha hecho a la idea de que entra en un mundo distinto.

—Y espero que mejor —murmuró el hombre.

Alva sonrió espontáneamente por primera vez.

—Eso depende de cómo uno se lo tome —dijo—. Todos sabemos, no obstante, que el hombre se acostumbra fácilmente a cualquier ambiente; tiene mucha capacidad para eso, afortunadamente.

—Sí, claro...

—Ahora, sígame.

Fueron a una especie de salón, bastante grande. A juzgar por las medidas del vestíbulo, del pasillo, y de aquel salón, el ruso llegó a la conclusión de que el piso era bastante grande. Observó, que el salón estaba sobriamente amueblado, pero con solidez; un lugar confortable, con ciertas comodidades modernas; televisión, bar, tocadiscos..., y una estupenda ventana, que a través de otros edificios de la rué Victoire permitía ver las luces de Lafayette.

El ruso se sentó.

Su mirada no se apartaba de la figura de Alva, que se movía con gracia juvenil por la estancia, preparando bebida. Parecía reparar en algo, y se volvió, sorprendiendo la mirada que el ruso estaba

dirigiendo a su cuerpo, de cintura para abajo. Sin inmutarse, dijo:

—Tendrá que acostumbrarse al *whisky*. No obstante, en Estados Unidos también hay vodka...

—*Whisky*, no importa. Bebo muy poco, no obstante.

—Mejor.

Ella preparó dos *whiskies*. Uno se lo tendió al ruso y el otro vaso lo dejó sobre una mesita. Luego, Alva fue hacia una estantería donde había libros. Tocó algo, y la estantería se descorrió, dejando un hueco donde introdujo la mano, extrayendo unos papeles. Con ellos en la mano, fue a sentarse frente al ruso; cruzó las piernas, poniéndose cómoda, y tras un corto trago de *whisky* miró a los ojos a aquel hombre.

—¿Nombre? —inquirió Alva.

—Pero usted ya sabe...

—Le ruego que se limite a responder a mis preguntas.

—¿Es una comprobación?

—Algo así. ¿Nombre, por favor?

—Sergei Pavlovich.

—¿Dónde nació?

—En Moscú..., por azar —sonrió—. Mis padres eran de Ucrania.

—¿Fecha de nacimiento?

—El treinta de noviembre de mil novecientos treinta y siete.

—¿Ciudad donde estaba habitando?

—Kharkov.

—¿Profesión?

—Técnico electrometalúrgico.

—¿Empleo?

—Industria Aeronáutica de Kharkov.

—Está bien, Pavlovich. En realidad, casi ha terminado todo... Me refiero a que usted es ya un hombre libre. Usted ha huido de Rusia, y entrará en Estados Unidos. Nosotros; yo, el grupo, la organización, lo hemos conseguido. Le hemos hecho un favor. Y... usted, naturalmente, ha de corresponder. Nosotros, usted ya lo sabe, exigimos un pago. Casi nunca dinero, porque ustedes no podrían satisfacernos. Solemos cobrar con otra medida... Un intercambio, ya sabe. Es claro que sólo ayudamos a quienes consideramos que pueden ofrecernos algo a cambio.

—Por supuesto, sé todo eso. Tengo documentos y fotografías en

la maleta.

—Perfecto. ¿Le importa entregarme todo eso?

—No. Es lo convenido.

Sergei Pavlovich tomó la maleta, descubrió un sencillo doble fondo, y extrajo una carpeta, conteniendo papeles y fotografías, que Alva examinó con cierto interés.

—Es el proyecto completo de un aparato de vuelo que...

—Conozco el ruso, Pavlovich. Pero diga: ¿lo están construyendo ya?

—En Kharkov, sí. Yo estaba en la nave de complemento electrónico. Como comprenderá, hay que conocer perfectamente el aparato para dotarlo del complejo electrónico adecuado. He trabajado seis meses en acoplar al diseño del aparato las necesidades electrónicas. Tiene fotografías del diseño y todo lo relativo a sus ventajas, utilidad, capacidad de maniobra... En suma: ustedes saben tanto como los rusos del nuevo ingenio.

—De acuerdo. A veces, estos secretos son preferibles a simples sumas de dinero, Pavlovich. Nunca se sabe lo que una potencia enemiga de su país puede dar a cambio de unos documentos como éstos... O, a veces, tratamos con países poco desarrollados en cuestión de armamento. Suelen pagar bastante bien. Ahora, otra cosa.

De entre los papeles, de los que había tomado del hueco disimulado en la estantería, Alva Lamotte extrajo un pasaporte, y más papeles, viejos algunos, doblados, amarillentos.

—Usted, a partir de este momento, se llama Seth Barnes, de treinta y dos años..., poco más o menos lo que representa, soltero, natural de St. Charles, Missouri, U. S. A..., Verá todos los datos en la documentación. Tómela.

Sergei Pavlovich tomó aquellos documentos. Abrió el pasaporte y se sorprendió visiblemente al ver su fotografía perfectamente acoplada a su lugar correspondiente.

—Oiga..., si usted me conocía ya por fotografía...

—Un rostro, a veces, nada significa, señor Barnes.

—Ya... Está bien. No voy a discutir sus métodos. Desde el momento en que estoy aquí, y con estos documentos que me transforman en Seth Barnes, de nacionalidad estadounidense, es que son buenos. Queda algo: ¿cuándo salgo hacia Estados Unidos?

—Mañana mismo. Vuelo París-Nueva York. Si se ha fijado, habrá visto que está domiciliado en Nueva York, calle Treinta y Seis Oeste, Manhattan. Vivirá allí hasta que encuentre otra cosa, o siempre, si le gusta. Olvide su oficio, por ahora. Venda aspiradoras, o hágase acomodador de cine. Procure, por el momento, no demostrar sus conocimientos electrometalúrgicos. Tenga en cuenta que acaba de perder su personalidad de Sergei Pavlovich, y es un norteamericano común. Aquí, señor Barnes, se ha convertido en otro hombre; aquí deja su personalidad anterior. Vaya a Estados Unidos a vivir tranquilo, sin complicaciones.

—Bien...

—Tardará más o menos en acostumbrarse, pero tenga en cuenta que sería peligroso para nosotros, y para usted mismo, es claro, que se descubriera la verdad. Intervendría, en principio, el Servicio de Inmigración; seguidamente, cuando descubrieran que usted es ruso, intervendría el

F. B. I.

Entonces, su caso sería muy difícil... En cuanto a nosotros, toda la seguridad que podemos sentir ahora, se transformaría en recelo, en miedo... ¿Lo comprende?

—Desde luego. Bueno... no salí de Kharkov para complicarme la vida —dijo el nuevo Seth Barnes.

—Perfecto. Ha sido sencillo, señor Barnes. Un servicio por nuestra parte, y el pago correspondiente por la suya. Un trato cerrado, ultimado.

—¿Debo ir yo mismo en busca de mi billete da vuelo?

—No... Puedo encargarme yo misma. Mañana por la mañana.

—¿Y esta noche? —inquirió Pavlovich.

Ella le miró, con una sonrisa ligeramente irónica.

—¿No se siente bien aquí? —inquirió.

El ruso miró el *whisky*, la televisión, las bonitas piernas de Alva Lamotte. Murmuró:

—Bueno..., no puede decirse que me sienta mal. ¿Pero está segura de que le conviene ocultarme en su casa?

Alva se encogió de hombros:

—No estoy ocultando a nadie —dijo—. Simplemente, tengo un invitado estadounidense llamado Seth Barnes. Usted, claro, podría elegir, pero le aseguro que lo más conveniente ahora es aguardar

aquí hasta su hora de vuelo de mañana. Todos estaremos más tranquilos cuando yo misma le vea partir, a salvo. Entonces, será por completo independiente.

—Ya...

—Puede ver televisión, oír música, beber... Su dormitorio es el segundo a la izquierda del pasillo. Dos puertas después está el mío, cerrado. Además, tengo armas. Sin embargo, la advertencia es ociosa; nada ganaría buscando complicaciones de ese tipo.

—Claro... Y estoy cansado, además. Ha sido un largo viaje.

—Comprendo. Si quiere ir a descansar, por mí no hay inconveniente.

—¿Usted no sale por las noches?

—¿A qué?

—Bien..., a divertirse. Se habla mucho de París. Alva sonrió.

—Soy una modesta chica de oficina, señor Barnes —dijo.

—Oh, comprendo...

—¿Había llegado a pensar que se encontraría con una deslumbrante aventurera?

—¿Acaso no lo es?

—En cierto modo... Eso, a ratos. Normalmente, soy una chica como las demás: una jornada en una oficina, y a horas libres... No suelo vivir en exceso los relativos encantos de París. Si me ha mirado bien, y creo que lo ha hecho, se habrá dado cuenta de que no soy un provinciano o extranjero turista calvo y gordo, que tras su primera y nerviosa cena en París, que le produce dispepsia, a causa de ese nerviosismo, se precipita a Pigalle, o Place Blanche.

—Yo tampoco soy esa clase de tipo. Por tanto, buenas noches.

Se puso en pie.

Miró de nuevo a Alva, que con las piernas cruzadas y sin el abrigo, se mostraba mucho más generosa.

—Aunque es una lástima: —sonrió, brevemente, el ruso.

—En Estados Unidos encontrará miles de chicas como yo.

—Eso espero...

—Tal vez menos ariscas.

—Y no tan bonitas... De eso estoy seguro. Repito: buenas noches. ¿A qué hora debo despertarme?

—Yo saldré temprano en busca de su billete de vuelo. Si quiere, le llamaré.

—Hágalo, sí. Gracias.

Y salió de allí, con la imagen de Alva en sus retinas. Una chica guapa en verdad, con unas piernas sensacionales, y tanto más cuanto más dejaba visible la minifalda. Conocía el tipo: en apariencia, delgaditas, pero tan perfectamente formadas, que cuando se desvela algún misterio, resulta sorprendente. Estaba seguro que el pecho de Alva podría ofrecer las mismas características que sus piernas...

Bien..., no estaba allí para complicarse la vida.

La segunda puerta a la izquierda.

La abrió, encendió la luz y observó, con gesto aprobativo, el cuarto, con su mobiliario, el amplio y cómodo lecho, con cuarto de baño anexo... No estaba nada mal. Puso la maleta sobre la cama, la abrió, y extrajo un pijama. Se duchó, se puso el pijama, encendió un cigarrillo, y se dedicó a mirar por la ventana, mientras fumaba. Oía el taconeo de Alva, y luego percibió el rumor del agua del baño.

Sonrió, pensando en el cuerpo de la rubia, y luego, aplastando el cigarrillo en el cenicero, se dispuso a dormir.

II

APENAS sonó la leve llamada, la puerta se abrió y apareció el tal Seth Barnes, ya completamente vestido, afeitado, con aspecto común de un hombre aseado, corriente en París. Seth Barnes sonrió.

—Buenos días, Alva.

—Veo que ha madrugado.

—Sí... Algunas de mis costumbres supongo que permanecerán vigentes durante algún tiempo. Madrugar es una de ellas. ¿Se marcha ya?

—Sí. Son las ocho. A las nueve debo entrar en la oficina. Tengo, pues, una hora para adquirir su billete, y entregárselo. Le he dejado desayuno preparado en la cocina. Mientras me espera, entreténgase con cualquier cosa.

—No se preocupe por mí. Hasta luego.

La siguió con la mirada, mientras ella taconeaba. Aquella mañana llevaba un abrigo juvenil, verde claro, con el cabello platino suelto, sin pañuelo, unas medias de malla, caladas, oscuras, tacón muy alto... Alva Lamotte podía incluso llegar a quitar el sueño, si uno se empeñaba en mirarla demasiado. Además, resultaba un tanto... misteriosa; demasiado seria; sus ojos hablaban de infinidad de experiencias, pero nada concreto...

Cuando Seth Barnes oyó cerrarse la puerta, se fue a la cocina y desayunó rápida y frugalmente. Luego, tras reflexionar un poco, fue al salón, quedando detenido junto al teléfono, mirándolo, y tan absorto, que parecía estar sumido en la resolución de un problema de cálculo infinitesimal.

Por fin tomó el aparato. Disco un número.

La respuesta tardó medio minuto.

—¡Hola...!

—¿Qué hay, galeote?

—Eh... Cuelga inmediatamente. ¿Estás loco?

—Estoy solo, que no es lo mismo.

—No importa. Mira, no...

—Aguarda. ¿Sospechas alguna interferencia en la línea?

—No...

—¿Alguien sospecha de ti?

—Si eso ocurriera, te aseguro que no estaríamos hablando en estos momentos.

—Perfecto. ¿Qué ocurre, entonces? Yo estoy solo, tú también, y nadie puede oírnos.

—No obstante, no es...

—Basta ya. Tus protestas sólo alargan la conversación. Seamos rápidos. ¿Cuándo podemos vernos?

—A la hora del almuerzo.

—¿Dónde?

—Chez Bouin, el veintitrés de rué Chateaudun.

—¿Almuerzas ahí cada día?

—No.

—¿Almuerzas sólo siempre?

—Sí.

—¿Y ella?

—Somos compañeros de oficina, y de... aventuras. Pero a la salida, cada uno tiene sus preferencias en determinadas cuestiones. Por otra parte, me considero ya viejo. Y basta, te lo ruego. ¿Recuerdas las señas que te he dado?

—Sí.

—Hasta luego.

Y el tipo colgó.

Sergie Pavlovich lo hizo asimismo, con una sonrisa. Iba a encender un cigarrillo, cuando sonó el teléfono. Por unos instantes, Pavlovich sintió nacer el sudor en sus sienes. Si aquella llamada se hubiese producido unos instantes antes, el teléfono hubiese dado señal de comunicación. Y Alva Lamotte habría observado como muy extraño aquello...

Lo tomó.

—¿Sí? —musitó.

—Soy yo, Barnes.

La voz de la bella y desconfiada rubia.

—¿Ocurre algo? —inquirió, un poco intranquilo, Pavlovich.

—Su vuelo es a las diez y treinta minutos. Tiene poco tiempo para llegar a Orly. Yo le aguardo en el aeropuerto.

—¿No es un poco precipitado?

—En absoluto. ¿Por qué razón? Todos nos sentiremos más tranquilos, incluso usted, cuando el avión haya despegado, con usted a bordo.

—De acuerdo. Estaré ahí antes de las diez treinta. Bien..., no me gusta esperar en aeropuertos y estaciones.

—Procure no llegar con retraso.

—No tema.

—Hasta luego.

Y colgaron.

Pavlovich permaneció unos instantes inmóvil. Por lo pronto, la inminente marcha acababa de estropearle su cita. Sin embargo, había que hacer algo antes de partir. Si salía de París sin hablar con Gris, apenas salía ganando algo... Tomó una súbita decisión. Por fortuna, Pavlovich era hombre de reflejos y rápidas decisiones. Descolgó el teléfono y disco el número anterior.

—¡Hola!

—Yo.

—¡Oh, «mon Dieu»...! Por favor...

—Atiende. ¿A qué hora sales para la oficina?

—Iba a hacerlo ya.

—Toma un taxi y dirígete hacia Lafayette. Yo te aguardo...

—Tengo coche propio, querido.

—Tanto mejor. Muchísimo mejor, sí... Pues vuela hacia Lafayette, esquina a Boulevard Margenta. —Me desvíó bastante de...

—Y te desviarás un poco más, porque durante unos minutos rodaremos hacia Orly. La rubia acaba de comunicarme que mi vuelo parte a las diez treinta. No pierdas tiempo, Gris. Compréndelo: no voy a salir de París sin hablar contigo.

—Bien...

—Rápido.

Y Pavlovich colgó. Fue en busca de su gabardina, se la puso, y tomó la maleta. Antes de salir, meditó unos instantes sobre algún

posible fallo en su forzada actuación, ante las circunstancias. Lo único que podía haber ocurrido era que el teléfono hubiese comunicado a una anterior llamada de la rubia, pero ella lo había callado, lo cual era mala señal. No obstante, puesto que todo había salido bien desde el principio, no había por qué desconfiar entonces.

Salíó a la calle, caminó por rué de la Victoire, hasta Lafayette, muy concurrida, con masas de coches en la calzada, con bastante frío y un cielo de un espeso color gris, amenazando llovizna pesada. Poco después, se encontraba en el cruce con Boulevard Magenta. No se molestó en espiar los coches que circulaban; esperaba, simplemente, fumando. Sólo dos minutos más tarde, un rostro redondo, algo pálido y fofo, con escaso cabello rubio y unos mortecinos ojos azules, asomaban por la ventanilla de un «DS» verde oscuro.

Sin la menor vacilación, Pavlovich se metió en el coche.

Le dirigió una irónica sonrisa a Gris.

—Rezumas grasa, Gris. Vida cómoda, ¿eh?

—Y complicada... Llegaré tarde a la oficina hoy, precisamente hoy...

—Ella también.

Bueno, puedo dar cualquier excusa, Al grano.

—Eso digo yo —gruñó Pavlovich.

—¿A Orly, dices? Maldito tránsito... ¿Qué quieres que te diga? No sé nada de lo que ocurre. Rápidamente y con brevedad te diré que la organización tiene dos traidores. Uno de ellos soy yo. El otro...

—¿Quizá la otra?

—Puede. Pero lo ignoro. Alguien se aprovecha de la organización, no hay duda. Mi traición es relativa, ya lo sabes. La otra traición, beneficia a alguien, y perjudica a los demás. ¿Dices que cuatro hombres han desaparecido?

—Cuatro, exactamente.

—Bueno, no sé nada. Es la verdad. Tú sabes cómo funciona esto... Nuestros servicios en Praga están siempre alerta, y protegen a cualquier tipo interesante que quiere abandonar Rusia. Interesante, ¿comprendes? In-te-re-san-te. Tipos que pueden proporcionarnos secretos, con cuya venta nuestra organización vive,

y vive bien. Esos tipos, generalmente, eligen Estados Unidos para camuflarse. Son enviados allí, y...

—Desaparecen.

—La culpa no es mía. Yo aviso a Washington, ya lo sabes.

—Sí... No te culpo, Gris. No estoy aquí para eso. Se trata de que Washington recibe tus comunicados, y tipo de esa clase que llega al país es controlado inmediatamente por el

F. B. I.

Pese a ese control, que, es claro, no es demasiado severo, por razones obvias, esa gente desaparece; les perdemos de vista.

Han sido cuatro en dos semanas, y mucho nos tememos que esos rusos hayan buscado los servicios de vuestra organización para entrar en Estados Unidos y, una vez allí, unirse para... para cualquiera sabe qué... O sea, tú, como traidor a la organización, nos favoreces. ¿El otro traidor?

—No sé... Por supuesto, tiene que pertenecer a nuestra organización, puesto que cada uno de los rusos pasados a Estados Unidos lo ha hecho de un modo independiente, y con lapsos de tiempo variables, sin que se conozcan entre sí, al menos aparentemente, y sin que ninguno de ellos conozca las señas ni situación de los otros. Eso lo sabemos los de nuestra organización, y es obvio que alguien aprovecha sus conocimientos. ¿Quién? ¿Para qué une a esos rusos? ¿Por qué les hace desaparecer? Lo siento. No puedo responder. De todos modos, estaré con los ojos abiertos para lo sucesivo.

—¿Cuántos componéis el grupo en París?

—Cuatro. Alva, yo, Conquin y Blusard. Éste es el jefe. Pero cada uno de nosotros tiene cierta autonomía. O sea, nos movemos libremente; cada caso es asignado a uno de nosotros. Una vez el ruso de turno está volando hacia Estados Unidos, quien se haya ocupado del caso, en el tuyo, por ejemplo, Alva, ésta se limitará a entregar lo que tú hayas «pagado», a Blusard. Éste es el... tesorero. Jefe y tesorero. Además, busca las relaciones necesarias para la venta de documentos y conocimientos que los rusos que huyen depositan en nuestras manos. Como negocio, no está nada mal. Tenemos muchos clientes; muchos países se interesan por nuestra... «mercancía».

—Sí, bien montado... Ya nosotros nos enviáis tipos vaciados,

que luego desaparecen.

—Yo no puedo hacer más. Aviso a Washington, y si escapan a ese control, ¿qué puedo hacer yo? La culpa no es mía.

—No... Vigila, Gris. Es inquietante que esos rusos desaparezcan. Ignoramos si están reunidos o no, pero se sospecha que sí. Y cuatro rusos juntos, clandestinamente entrados en Estados Unidos, es algo inquietante, máxime habiendo perdido la pista. En suma, Gris, tú, tal vez, puedas ayudarnos a encontrar esa pista. Y yo... voy a servir de cebo, espero.

—¿Fue todo bien en Praga?

—En Praga y en todos los sitios.

—Tu ruso es perfecto, desde luego.

—O haces las cosas bien, o despellejamiento seguro. Es obvio.

—Sí, claro... Tendréis noticias mías, espero, por el conducto de costumbre. Veremos qué hay con la desaparición de esos cuatro rusos. No obstante, hay más.

—Lo sé. Los que quedan, están más estrechamente vigilados, pero parece que no se mueven. Mientras así sea, no nos meteremos con ellos. No interesa, de momento, alarmar a vuestra organización; queremos saber qué clase de gente nos manda. Si atrapamos a esa gente, vuestra organización cesará en sus actividades, y, repito, no interesa aún.

—De acuerdo en todo...

—Déjame ahí.

—¿En telégrafos?

—Exacto.

—¿Vas a arriesgarte a...?

—A nada. ¿Qué te ocurre, Gris? En realidad, voy a hacer lo que deberías hacer tú: avisar a Washington de la llegada de un nuevo ruso.

—Oh... Gracias por ahorrarme el trabajo. Dime: ¿Todo ha de seguir igual? Quiero decir, si podemos seguir enviando gente, si resulta interesante.

—Sí, ¿por qué no? En realidad, nosotros estamos esperando que en algún momento entre en Estados Unidos alguien en verdad importante. Entonces, habrá valido la pena. De una docena que controlábamos, cuatro han desaparecido. Si llegan más, veremos qué pasa.

—De acuerdo... De todos modos, veo mal parada la organización.

—Estoy de acuerdo contigo... Se han complicado la vida.

—Ha sido el traidor.

—Pues bien: búscale, Gris. Y es todo. Esperaba más, sin embargo, de esta entrevista. Sólo me has dicho cosas que yo conocía ya. Pero espero que en lo sucesivo no te limites a enviar avisos a Washington; busca también a ese traidor a vuestra organización; es un enemigo de Estados Unidos.

—Buena suerte...

—Sí... Gracias, Gris. Tal vez volvamos a vernos.

Y Pavlovich se apeó del coche, frente a telégrafos. El «DS» partió inmediatamente. Pavlovich se metió en el edificio y relleno un impreso:

«Querido hermano: Regreso a casa, a la mía. Número 230 de la calle 306 Oeste, ya sabes. ¿Puedes hacer algo para que me encuentre confortable? Aún no completamente restablecido, pero mejor, más animado. Llegaré esta tarde al aeropuerto Kennedy, un abrazo. Seth Barnes».

Dirigido a Clifton Barnes, calle Marrows, Manhattan, Nueva York,
U. S. A.

Con tasa de urgente.

Unos instantes más tarde, Pavlovich estaba en la calle, en busca de un taxi que le condujera a Orly. Llegó poco antes de las diez, y vio a Alva, juvenil, hermosa, con su cabello platino sobre un lado de la cara, puesto que estaba sentada en un taburete del bar de la sala de espera, leyendo una revista, con las piernas cruzadas y un humeante cigarrillo en la mano derecha.

Al verle, Alva dejó la revista, saltó del taburete y acudió a su encuentro.

—¿Por qué tan tarde? —inquirió.

Pavlovich sonrió.

—Queda tiempo —dijo—. No pude resistir la tentación de caminar un poco por París. Yo esperaba poder estar aquí un par de días por lo menos.

—No es posible, lo siento.

—No importa. Espero que nada impida que dentro de unos años pueda regresar, como un visitante más, sin nada que temer.

—Allá usted, entonces.

—Bien... ¿Va a esperar que parta el avión?

—Desde luego.

—Entonces, podemos tomar un café juntos. ¿Puede?

Alva se encogió de hombros.

—De alguna manera se ha de matar el tiempo —dijo.

Fueron hacia la barra. Pavlovich, con un fácil francés, pidió un par de cafés y se limitaron a esperar, conversando esporádicamente, sin la menor animación. En realidad, todo eran preguntas por parte de Pavlovich, que encontraba muchas cosas curiosas. Unos minutos antes del vuelo, ya anunciado por los altavoces, Pavlovich abandonó su taburete.

Miró a Alva, con una indescifrable sonrisa.

—Otra cosa que debiera haber hecho antes de partir, es besar a alguna francesa bonita... Pero estoy a tiempo, ¿no?

—Si eso ha de complacerle mucho...

Se inclinó lo suficiente para encontrar los labios de Alva. La besó más largamente de lo correcto, pero ella no protestó, ni se separó de Pavlovich. Éste suspiró, después del beso.

—¿No cabe la posibilidad de que volvamos a vernos? —inquirió.

—Es tan remota, que ni siquiera vale la pena tenerla en cuenta.

—Ya...

—Váyase o perderá el avión. Buen viaje.

—Usted necesita un poco de calor...

—Sé procurarme calor cuando lo necesito. Recuerde: vida sin complicaciones. Su personalidad la dejó anoche en mi casa.

—Sí... Hasta nunca, entonces. Gracias por todo.

—Ha sido un trato. Váyase de una vez.

Pavlovich tomó la maleta y se dirigió hacia la entrada que daba acceso a las pistas. Segundo aviso de su vuelo. Bien... Miró hacia atrás. Allí estaba Alva, inmóvil, mirándole, a su vez, con sus grandes ojos de pupilas verde claro, muy en consonancia con su cabello platino. Pavlovich, poco después, volaba.

Cuando el «yellow» le dejó en la calle 36, frente al número 230, Pavlovich se sintió otro hombre. Ah, diablos..., aquello era otra

cosa. Pagó la carrera, se apeó del taxi y miró en torno, entreteniéndose, mirando la calle, con su incesante tráfico, con las luces ya encendidas, con su parpadeo de colores, con la humedad del río como algo casi palpable...

Otro mundo, sin duda.

Luego, se metió en el edificio correspondiente. Sonrió torcidamente, al ver su propia tarjeta, Seth Barnes, indicando el piso segundo del edificio de seis plantas, mirando al Norte, con el Hudson a la izquierda. Fue hacia el ascensor. Segundo piso. Tenía el llavín en el bolsillo. Y poco más tarde entraba en su casa. Encendió las luces, examinó la distribución del apartamento, y sin quitarse la gabardina siquiera, habiendo dejado la maleta en el vestíbulo, se dedicó a un examen minucioso de todos los rincones.

Descubrió un par de micrófonos y un hueco camuflado, en el que había una *Parabellum*, con dos cargadores.

Se echó a reír, silenciosamente.

Perfecto. Su hermano Clifton Barnes le había hecho confortable la casa.

Sí: perfecto.

III

DURANTE todo el día siguiente, el falso Seth Barnes se dedicó a comportarse como cualquier tipo corriente. Madrugó, como acostumbraba, y se dirigió hacia el Hudson, recorriendo una buena porción de muelles, observando el trabajo de los demás. Le agradaba el ajetreo de aquellos muelles, la llegada y salida de barcos; la bruma, incluso...

Luego almorzó en un restaurante italiano, de segunda categoría, y pasó la tarde en un cine del West Side. Vio en acción a Natalie Wood, y se estuvo rascando la barbilla durante toda la proyección, una reposición de «Propiedad condenada», donde Natalie se mostraba bastante generosamente, haciendo comparaciones entre la rubia platino Alva y la morena Natalie.

Comió dos bocadillos en un bar de la misma 36 Oeste, y luego se metió en su casa. No había televisión, ni radio, ni teléfono... Por fortuna, había comprado un par de periódicos, y se tumbó en un sofá con estructura de madera, fumando y leyendo.

Antes de las nueve oyó el zumbador de la puerta del apartamento.

Entornó los ojos, sin moverse.

¿Su «hermano» Clifton?

Era poco probable... Quizá la vieja vecina, que quería conocer al inquilino...

Por unos instantes estuvo tentado de ir en busca de la *Parabellum*, pero desistió. Prefirió ir a abrir, con toda naturalidad. Cuando abrió, se encontró frente a un sujeto rubio, de cabello corto, pegado al cráneo, vestido casi elegantemente; por lo menos, el abrigo era nuevo, y el sombrero también. Llevaba las manos en los bolsillos del abrigo y causaba la impresión de ser un tipo fuerte, de

acción. Sonreía con una boca delgada y dura, y sus ojos verdosos estaban fijos en los de Pavlovich.

—¿Seth Barnes? —inquirió el tipo.

—Sí...

—¿Puedo entrar?

Seth Barnes vaciló un poco. El tipo, sin el menor género de duda, era estadounidense. Sus manos en los bolsillos parecían estar vacías, pero de esa clase de apariencias no había que fiarse. Por otra parte, el tipo parecía muy seguro de sí mismo; no abandonaba su sonrisa. Y se balanceó un poco sobre los pies, ante las dudas de Pavlovich.

—Tal vez deje de vacilar si le llamo por su nombre, Pavlovich —musitó el hombre.

Pavlovich se humedeció los labios.

—Pase —dijo, secamente.

El desconocido penetró en el apartamento y Pavlovich cerró la puerta.

—¿Se quita el abrigo? —inquirió Pavlovich.

—No. Mi visita será corta, Barnes... Es preferible llamarle así ahora. Hay que acostumbrarse.

—Nadie me dijo que en Estados Unidos alguien iba a conocerme.

—¿No? Bueno..., un olvido, sin duda. No se alarme, Barnes. No ocurre nada malo.

—Vayamos a la salita. ¿Beberá algo?

—No creo que esté muy bien provisionado...

—En absoluto. Pero para acostumbrarme al *whisky* he adquirido una botella. Quiero hacer las cosas bien. Siéntese...

—Mi nombre no importa. Llámeme, si quiere, Coppard. Y me parece muy acertado eso de su rápida aclimatación.

—Ha dicho que tiene que acostumbrarse a llamarme Barnes. ¿Eso significa que nos veremos a menudo?

—Tal vez.

—¿Ha venido a responder con vaguedades a mis preguntas? Nadie le ha llamado, Coppard. Y es más: me siento estafado. De saber que en este país no iba a gozar de absoluto anonimato, no hubiera aceptado el viaje. Cualquier otro sitio era bueno también y...

—Por favor, no se excite, Barnes. En realidad, yo he venido a pedirle un favor.

—¿A pedirme un favor? ¿A mí?

—No se asombre tanto.

—No es asombro. Es..., desconfianza. ¿Por qué no ser sincero? En París nadie me habló de usted. Llego, y sólo veinticuatro horas después alguien me ha localizado..., y se presenta para pedirme un favor. Sea lógico, señor Coppard: ¿no es extraño?

—Lo es, no voy a discutir eso. Pero..., las cosas están así.

—Sí... Pida ese favor.

—Que me acompañe.

—¿Adonde?

—No pregunte ahora.

—¿Y si me niego?

—La Oficina de Inmigración se ocupará de usted, y, seguidamente, el

F. B. I.

No iba a pasarlo bien, Barnes. Cualquier ruso entrado ilegalmente en Estados Unidos se considera automáticamente, con toda lógica, además, como un espía en potencia. Sería muy desagradable, ¿comprende? Puede ahorrarse esas dificultades...

—Y meterme en otras —suspiró Pavlovich—. ¿No puede decirme qué quieren de mí?

—A su debido tiempo. Bueno..., emprenderíamos un viaje.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—¿Adónde?

—Ya lo verá.

—Sepa mi respuesta: no.

—Se juega muchas cosas, Pavlovich —dijo, secamente, Coppard.

—Cuando usted se marche, cambio de domicilio, y en paz.

—Muy listo, ¿eh?

—Bueno..., es sencillo, en realidad. Repito: no acepto nada de usted, ni le voy a hacer favor ninguno. Y en cuanto se marche, yo saldré de aquí, para no volver jamás. Inmigración o el

F. B. I.,

van a tener trabajo para dar conmigo. Buenas noches, Coppard. Tal vez me decida a enviar un mensaje a París, indicando ciertos fallos

de la organización. Es todo.

Coppard meneó la cabeza. Parecía estar delante de un niño obstinado, a juzgar por su expresión.

—Reflexione, Pavlovich —dijo—. Puedo hacerle mucho daño.

—Le dije que era todo, Coppard. Váyase.

Coppard se puso en pie.

—Se ha equivocado, Pavlovich. La última palabra la tengo yo...

Error.

Coppard habló antes de extraer la diestra del bolsillo del abrigo, con la automática empuñada. Pavlovich, que en momento alguno había perdido de vista aquella mano, actuó con dureza y precisión. Lo primero fue asestar un duro golpe con el canto de la diestra a los tendones del brazo derecho de Coppard, paralizándole; seguidamente, le golpeó en el estómago; un golpe en corto, seco, que dobló a Coppard. El tercer golpe le pegó en un pómulo y le sentó en un sillón. Mueble y Coppard, a causa del impulso, rodaron por el suelo.

No obstante, Coppard era suficientemente duro como para soportar algunos golpes, y lo bastante ágil como para dar una vuelta sobre sí mismo y quedar en pie, ya con la pistola apuntando a Pavlovich, pero en desventaja, dado que Pavlovich siguió al tipo y pudo desviar el arma y romperle un labio de un zurdazo. La pistola cayó al suelo y Coppard simuló que trataba de recogerla; lo que hizo fue esquivar un golpe de Pavlovich y tensarse para soltar un terrible golpe de «karate», con su pierna derecha; mantuvo rígida la izquierda, se inclinó un poco, y soltó su golpe, que tal vez, incluso, hubiese podido resultar mortal, de alcanzar de lleno a Pavlovich; pero éste desvió el golpe con un antebrazo y, a su vez, lanzó la diestra, respondiendo con «karate»; rozó el mentón de Coppard, lo cual fue suficiente para que los ojos de éste se llenaran de lágrimas.

Pavlovich aprovechó la circunstancia y tumbó de nuevo a Coppard con dos puñetazos; estómago, en corto, como tenía por costumbre, y pómulo. Coppard rodó por el suelo, semiinconsciente. Pavlovich se apoderó, jadeante, de la pistola de Coppard.

Le apuntaba.

—Vamos, a... a la calle... —jadeó.

Coppard sacudió la cabeza.

Miró, como si tuviera telarañas en los ojos a Pavlovich.

—No sabe lo que hace... —Gruñó.

—Siento diferir de usted. Vamos, márchese. Lo único que lamento es verme obligado a cambiar de domicilio. Empezaba a gustarme esto.

Coppard se puso en pie; compuso su aspecto y se pasó las manos por los cabellos, alisando unos leves desperfectos.

—¿Me da mi pistola? —inquirió.

Pavlovich, tras vacilar un instante, descargó el arma, y la tiró a las manos de Coppard, quien la guardó, sin más, en un bolsillo. Luego, silencioso, echó a andar, saliendo de la salita, seguido de Pavlovich. Ya en el vestíbulo, Coppard aún quiso decir algo, pero Pavlovich le empujó hacia el rellano, y cerró la puerta con cierta violencia. Una vez a solas, esbozó una sonrisa. Volvió a la salita y echó un vistazo al micrófono instalado en ella.

—Tranquilos, muchachos —dijo—. Esto no acaba así.

Y se echó a reír.

Miró de nuevo hacia el micrófono y dijo:

—No temáis. No cambio de domicilio. Y a ver qué ocurre. Pero eso sí, voy a preparar la maleta. Conviene que crean que estaba dispuesto a largarme. Por otra parte, quizá convendría establecer vigilancia cerca de mí. Pero atended: rigurosa no intervención, a menos que comprendáis que pelagra mi pellejo. Ellos quieren algo de mí, eso está claro, y por el momento no parece que haya de correr peligro. Bueno, diablos, supongo que lo habéis oído todo, y sabéis tanto como yo. Me molesta hablar solo, aunque sepa que alguien me oye.

Silbando una de Davis Jr., Pavlovich fue hacia su cuarto, y preparó la maleta. En el doble fondo colocó la *Parabellum*. Lo dejó todo preparado y fue a la salita, a seguir gozando de aquella soledad, con un relativo silencio, puesto que sólo llegaba hasta sus oídos la música de un transistor y el rumor del tránsito, de la calle, bastante apagado.

Cosa de quince minutos más tarde, alguien llamaba a la puerta.

Aquella vez fue a abrir, sin adoptar precauciones, iba a decirle algo a Coppard, pero quedó con la boca abierta y muda.

Por lo pronto, no era Coppard. Era lo menos parecido a Coppard que uno puede imaginarse. Una mujer con fuerte encanto; eso era lo primero que saltaba a la vista; con... magnetismo. Una mujer que

sabía serlo y actuar como tal. Perfecta de rostro; un óvalo enmarcado por una mata de cabello oscuro, de exótico peinado. Ojos azules, boca sonrosada... En cuanto a su figura, la capa de un tono verde deslumbrante la ocultaba bastante bien, de rodillas para arriba. Llevaba botas altas, blancas, sonreía; mantenía las manos ocultas bajo la capa, y decía:

—¿Puedo entrar, Pavlovich?

—Vaya... En París no son muy discretos que digamos —gruñó Pavlovich—. Adelante.

Ella entró en el apartamento y Pavlovich cerró la puerta. Puso suavemente una mano sobre la espalda de la mujer, guiándola hacia la salita. Y dijo:

—Siéntese, si quiere. El apartamento es suyo. Yo me marchó.

Ella dejó allí y fue en busca de la maleta. Ella saltó para ponerse en pie, sorprendida, pero no tuvo tiempo de detener a Pavlovich, que medio minuto más tarde dejaba la maleta y la gabardina en la salita.

—Oh, no, Pavlovich..., usted no se va —dijo ella.

—¿La ha enviado Coppard? ¿Cree que usted tiene más... poder disuasorio? Bueno..., a simple vista parece que sí, pero me temo...

—Siéntese, Pavlovich. En primer lugar, sepa que fui yo quien ha enviado a Coppard. Ante su fracaso, he decidido presentarme aquí personalmente. Tal vez tenga más éxito. Usted se comportó bastante rudamente con Coppard..., aunque quizá la culpa fue de él.

—Eso no importa, *miss*. Ocurre que he decidido quedarme en Nueva York y trabajar en los muelles, de lo que sea. Toda la mañana estuve paseando por la orilla del Hudson, y me gustó lo que vi.

—Hay cosas con mayor atractivo y aliciente que trabajar en los muelles, Barnes.

—¿Usted, por ejemplo?

—Cosas —sonrió ella, evasiva.

—Ya... ¿Cuánto tardará en disparar contra mí, si sigo negándome a seguirles?

—Puedo disparar nueve balas en poco tiempo. Pero no harían falta tantas, creo. Me gustaría poder guardar la pistola, Barnes. Una pistola convierte unas manos femeninas en algo muy poco sugestivo y frío; una imagen del dolor. Bien..., debo decirle que la pistola era

sólo por si usted me atacaba. ¿Puedo guardarla?

—Me gustaría, sí.

—¿Me escuchará?

—Pues, sí..., entre otras cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Puedo escucharla y mirarla, ¿no? ¿No se siente molesta con esa capa?

La mujer se puso en pie y se quitó elegantemente la capa, dejándola tirada sobre el sofá, al igual que el bolso donde había guardado la pistola. Pavlovich vio un cuerpo muy esbelto, con redondeces más acusadas que, por ejemplo, las de Alva. Aquella mujer vestía un extraño vestido color calabaza, de minifalda, con un cinturón metálico, dorado, caído sobre sus caderas. Se sentó y juntó las rodillas.

—Parece como si se hubiese desenmascarado un poco. Sigamos con eso, *miss*... —dijo Pavlovich.

—Úrsula —dijo ella.

—Sigamos desenmascarándonos, Úrsula. Usted, sin duda, posee más y mejores elementos de convicción que Coppard, pero no me gusta correr peligro. Por lo menos, no innecesariamente. Coppard me habló de un viaje. Se mostró demasiado parco.

—No esperaba tanta resistencia por su parte, Barnes. Bien..., es sencillo: se trata de viajar hasta Seattle. Es una ciudad del Noroeste del país.

—Me suena, sí... ¿Hay allí algo especial?

—Algo que puede convenirle.

—Ya... Diga lo que sea. No me gustan los rodeos.

—¿Para qué perder tiempo ahora, Barnes, si la explicación puedo dársela por el camino?

—Ya... Eso significa que haríamos el viaje juntos.

—Sí. ¿Acepta?

—Como cebo, usted, Úrsula, resulta bastante grato... a la vista. Y al olfato, no cabe duda. Pero hágase cargo: soy un provinciano ruso, desconfiado, que se siente en peligro. No quiero complicaciones de ninguna clase y usted es una progresión geométrica de complicaciones. Sin embargo, diga algo concreto por lo que valga la pena hacer ese viaje hasta... hasta...

—Seattle —dijo Úrsula.

—Eso. Vamos, diga lo que sea.

—Una vida más confortable luego, Barnes.

—¿Confortable? ¿En qué sentido?

—Dinero, por ejemplo.

—Oh, claro... Había olvidado que aquí la mayoría de las cuestiones se resuelven con dinero. Es mucho más fácil, desde luego. Yo lo había pensado muchas veces: cosas que se resuelven con dinero, cosas fáciles. Puede parecer la sentencia de un paleta, pero para mí es como un axioma.

Úrsula sonrió.

—Está hablando usted solo, Barnes —dijo—. Acepte, y esta misma noche quedaremos de acuerdo para la realización de ese viaje. Lo cubriremos en dos etapas, por aire, claro. Es mucho más rápido. Le he hablado de compensaciones, de alicientes...

—¿Y de peligros?

—Ninguno —dijo Úrsula.

—Magnífico. Debo creer, entonces, que usted me está proponiendo compensaciones de... —Miró las piernas y el busto de Úrsula —de distintos tipos; una vida confortable luego. Sin peligro. Por un simple viaje a Seattle. Y yo debo aceptar, sin más. ¿Sabe?: odio a las mujeres hermosas y... acabo de descubrir por qué. Porque siempre están lejos de mí; fuera de mi alcance, ya me entiende.

—No se menosprecie, Barnes. Usted no es un adefesio.

Pavlovich sonrió secamente.

—Son ellas quienes me menosprecian, Úrsula —dijo.

—Pienso que incluso ocurrirán cosas que le hagan cambiar de parecer —murmuró Úrsula.

—Otra cosa magnífica... Debo aceptar, ¿no? Diga: ¿qué tiene usted dentro?

—No entiendo...

—En su interior. Yo no soy un aventurero, entiéndalo. Soy un hombre que si hace el amor lo hace con todas sus fuerzas. No quiero poseer sólo un cuerpo; sin que eso, al mismo tiempo, quiera decir que vamos a amarnos siempre. Usted sugiere muchas cosas, Úrsula, y le aseguro que mi furia es incontrolable si me siento decepcionado. ¿Sigue ofreciendo... algo? Lo que veo me gusta, pero lo que no veo...

—No soy mejor ni peor que otras, Barnes.

—Parece una respuesta sincera.

—Lo es. ¿Qué puede ofrecer una mujer? No tanto como ellas, o nosotras creemos, ni tan poco como creen los hombres. Usted mire, calcule, y... ya veremos.

—¿Por qué no se queda aquí esta noche?

Úrsula miró a Sergei Pavlovich a los ojos.

—¿Lo cree conveniente? —inquirió.

—Conveniente o no, parece agradable la idea. De todos modos, es cierto que a veces, lo más conveniente no es, forzosamente, lo mejor. Eso me recuerda que si bien voy a obtener ciertas... compensaciones por ese viaje, me resulta poco interesante. Conveniente, sí, pero no bueno.

—Me cansa su estúpida filosofía, Barnes. ¿Acepta o no?

—Sí.

Úrsula pestañeó, un tanto sorprendida.

Luego sonrió. Una sonrisa agradable, claro...

—De acuerdo. Entonces, nos vamos.

—¿Ahora? Usted dijo que mañana por la mañana...

—Creí que tardaría más en convencerle. Y..., no quiero pecar de vanidad: yo no le he convencido. Ha sido usted, ignoro por qué razón, quien ha decidido de pronto realizar ese viaje. Veo que está dispuesto. Tiene la maleta preparada.

—De acuerdo... Lo lamentable es esa duda...

—¿Qué duda? —inquirió Úrsula.

—La de si tendré que arrepentirme luego —gruñó Pavlovich.

—No se arrepentirá, Barnes.

—Soy bastante imbécil... Usted hubiese pasado la noche aquí, tratando de convencerme, ¿no es eso?

—Desde luego.

—¿Lo ve? En fin... Otra vez jugaré mejor mis bazas, espero. Podemos irnos, Úrsula.

Úrsula rió suavemente. Se había puesto en pie y estaba muy cerca de Pavlovich, frente a éste, mirándole a los ojos. Alzó las dos manos y tocó el rostro de aquel hombre.

—¿Estás seguro de no tener mucho éxito con las mujeres, Barnes? —inquirió.

—Pues ahora que pienso..., no he conocido a muchas.

—Ya... Para mí tal vez resulte agradable conocer un poco a

fondo a un provinciano ruso. Claro que..., hablando de decepciones, yo podría ser la decepcionada, ¿no?

Pavlovich puso cara de incrédulo.

—Te aseguro que eso no ocurrirá —dijo—. Andando. Eh: ¿dónde voy a pasar la noche?

Úrsula sonrió. Dijo:

—Puedes elegir. Con Coppard, o conmigo. De todos modos, tengo que hacerte una advertencia: pase lo que pase esta noche, el viaje se llevará a cabo.

—Prometido.

Úrsula volvió a acariciar el rostro de Pavlovich.

—Estoy segura de que todo será muy agradable —musitó.

Pavlovich rió brevemente. Dijo:

—Estoy viendo visiones, Úrsula. Es como si esas paredes, de pronto, se hubieran llenado de caras amigas, que me miran incrédulas... Vamos de una vez.

IV

LA pareja ocupaba sus asientos en el avión; ella junto a una ventanilla. De todos modos, el paisaje de abajo no parecía interesarle lo más mínimo. Viajaba cómodamente, apoyando, además, la cabeza en el hombro de su compañero de viaje. De vez en cuando Pavlovich miraba el perfil, los labios de Úrsula, y achicaba los ojos, con expresión que ella no podía ver.

—Hablamos poco, Úrsula —musitó Pavlovich.

Ella le miró a los ojos.

—¿Lo crees necesario? —musitó.

—En cierto aspecto, no. Pero en otros...

—¿Aún no confías en mí?

—Para ser sincero, no. ¿Por qué he de hacerlo?

—Te he dado...

—Ha sido mutuo, Úrsula. Dejemos ese camino. Para mí, por supuesto, ha sido algo inesperado, maravilloso, no lo niego. Para ti, una de tantas veces que has vivido amor. No protestes. No insistiré con eso. Pero estamos llegando a Seattle, y no sé nada de lo que me espera. ¿Aún crees que no ha llegado el momento?

Úrsula pestañeó.

—Supongo que no me creerás si te digo que tú has sido el único hombre que me ha hecho vibrar de verdad. Seth..., has sido algo distinto... Pero no me crees.

—¿Por qué no? Alguno había de ser.

—Oh...

—Perdona. Lo creo todo, Úrsula. Pero ¿qué hay del viaje? ¿Cuál es su finalidad? ¿Sabes?, nunca me ha gustado cobrar por adelantado.

—Me estás... haciendo daño, Seth —susurró ella—. Y bien,

puesto que lo quieres, voy a explicarte en qué consiste tu misión.

—¿Misión? —Gruñó Pavlovich.

—Trabajo, llámalo como quieras.

—Prefiero llamarle trabajo. Suena más normal.

—Bien... Eres un buen técnico electrometalúrgico, ¿no?

—Muy bueno, en efecto. Pero en París se me recomendó que...

—Yo te estoy pidiendo un favor, Seth. Cuando esto termine, podrás actuar como mejor te plazca, o te convenga. Por lo pronto, déjame proseguir. Técnicamente, no puedo aportar datos que te ayuden mucho a saber de un modo específico en qué va a consistir tu... trabajo. Puedo decirte, sin embargo, que está muy relacionado con tu profesión. Supongo que habrás trabajado alguna vez con cables eléctricos, que sabrás montar un circuito cerrado de televisión, o conectar un teléfono con varias derivaciones.

—Podría hacerlo, desde luego.

—Está todo dicho.

—En cuanto a mi trabajo, sí. Pero, dime: ¿por qué? ¿Para qué?

—Te lo diré cuando yo lo sepa, Seth.

Pavlovich la miró a los ojos.

—A estas alturas no puedes engañarme, Úrsula. Lo sabes. Por lo pronto, tú misma lo dijiste, en Nueva York tienes cierta autoridad. Por lo menos, en cuanto Coppard se refiere, puesto que no he visto a nadie más. Lo mismo puede ocurrir en Seattle, o donde sea. Por otra parte, estarás de acuerdo conmigo en una cosa: no deja de ser entraño que en Estados Unidos tengáis que recurrir a un extranjero para el simple montaje de circuitos cerrados de televisión, o derivar líneas telefónicas, o enlazar cables de cualquier tipo y para cualquier trabajo.

—Voy a hacerte un ruego, Seth.

—Lo escucho.

—Dejemos eso ahora. ¿No vas a tener paciencia un par de horas?

—Sí, ¿por qué no? ¿Pierdes tu autoridad en Seattle?

—No.

—Ya... De acuerdo. No sigamos hablando.

—Seth..., en estos momentos, de veras, ignoro en qué condiciones se ha de desarrollar tu trabajo. No obstante, procuraré que no te alejes mucho de mí.

—¿Puedo saber la razón?

Úrsula enrojeció; un destello de ira cruzó sus pupilas. Luego, de súbito, pareció humillarse.

—¿No lo comprendes? —musitó—. No te burles de mí, te lo suplico, Seth... Tú sabes que ahora te necesito.

—¿Y mañana?

—Mañana..., también.

Seth encendió un cigarrillo. Ella se apoyó de nuevo en su hombro. Mostraba parte de sus bonitas piernas, de piel blanca y fina; seguía con su vestido de fibra, color calabaza, y el cinturón dorado, en forma de cadena, y las botas blancas. Era dulce su contacto, y agradable su aroma. Y Pavlovich no quiso pensar en otras cosas... En una habitación amplia y confortable, en una botella de champaña y en un triple estallido: el de la botella, el de Úrsula y el suyo propio. La luz normal se convirtió en roja, la roja en multicolor... Todo fue perfume, pasión, un poco de dulzura...

Era extraño... Los ojos de Pavlovich eran negros como la noche en aquellos momentos; como una noche sin fin... Negros e implacables. Eso eran: implacables. Amar, morir, matar... A veces, todo se confunde, se mezcla... A veces, sí, todo es la misma cosa. Muera quien muera, ame quien ame...

A cada minuto que transcurría, Pavlovich se sentía más intranquilo. Desde el aeropuerto King *Country*, de Seattle, habían rodado en un coche que les estaba aguardando, hacia el norte de la ciudad; desde allí, una lancha motora les había conducido a algún punto de Puget Sound, la bahía de Seattle. La amargura de Pavlovich se concretaba en el hecho de ignorar por completo el punto exacto en el que se hallaba.

En una isla, estaba casi seguro, pero no podía reconocerla, ni definir su situación. Úrsula, en el interior de la motora, abajo, le había acaparado intencionadamente, sin ninguna duda al respecto, desorientándole. Había que pensar, sin embargo, que Úrsula lo había hecho con un solo propósito: que no escapase fácilmente. Que se sintiera perdido, con lo cual un posible intento de huida quedaría bastante coartado.

Y después, se habían introducido en un edificio, en una nave que olía a pescado, a podredumbre de salmón, y... luego todo fue un

mundo extraño, distinto, una vez el suelo de la nave quedó por encima de sus cabezas. Se encontró en un lugar con pasillos, con varias puertas; un lugar silencioso. Todo parecía provisional, no obstante; algo montado con rapidez, quizá para una sola operación; algo que parecía prefabricado. A Pavlovich no le hubiese extrañado averiguar que allí se estaba fabricando, por ejemplo, una bomba atómica.

Tras todo eso, le metieron en un despacho, y habían hecho unas someras presentaciones. Tan someras, que a Pavlovich sólo le presentaron a un tipo. Un hombre de unos cincuenta años, de buen aspecto; elegante, de maneras cultivadas; un hombre enérgico aún al parecer; cabello gris, como el bigote y la perilla. Lo que disgustaba de aquel tipo era su nerviosismo..., aquel continuo frotar de manos...

—Es míster Beveridge —dijo Úrsula—. Es quien da las órdenes. Y ésa fue la presentación.

—Me alegra de que haya aceptado colaborar con nosotros, señor Barnes —dijo Beveridge—. Es un placer tenerle aquí. Por mi parte, no tengo el menor inconveniente en dejarle descansar esta noche. Mañana podremos hablar ampliamente sobre su trabajo.

—Podremos hablar ahora y emprender el trabajo mañana —gruñó Pavlovich—. No estoy tan cansado como para no desear oírle.

Míster Beveridge miró a Coppard quien, en definitiva, según empezó a opinar Pavlovich, era sólo un matón del grupo. Míster Beveridge miró también al conductor del coche que les había esperado en el aeropuerto, y al tripulante del lanchón.

—Pueden irse —dijo.

Fue suficiente para que Beveridge, Úrsula y Pavlovich quedaran solos en aquel regio despacho.

A un gesto invitador de Beveridge, Úrsula y Pavlovich se sentaron en sendos confortables sillones. Pavlovich encendió un cigarrillo. Otro dato a tener en cuenta era la importancia de Úrsula en el grupo. Beveridge, mientras, se había sentado detrás de su magnífico escritorio.

Posó sus ojos marrones, quizá algo perrunos, en las pupilas de Pavlovich, y dijo:

—Tal vez quiero pedirle demasiado... Tengo que confesar que desconozco las posibilidades técnicas de lo que necesito. Observo

que usted está esperando algo concreto, y celebro hablar de ello ahora, sin esperar a mañana. Esta noche podrá pensar despacio. Se trata de un circuito móvil de televisión; circuito cerrado.

—Y móvil.

—Sí.

—Puede hacerse.

—¿Tiempo?

—Depende del material y asistencia.

—Trabjará solo, Barnes. Material, todo el que necesite.

—Si he de hacerlo solo, tres días.

—¿Dos no?

—Puedo. Por lo menos, lo intentaré. Unidad móvil de televisión con circuito cerrado. ¿Instalación?

Beveridge sonrió.

—Es móvil, recuérdelo. Y lo mismo con una centralita telefónica.

—Está bien. Se puede hacer.

—No se precipite, Barnes... Tenemos buenos informes de usted como técnico, y de su experiencia en la Industria Aeronáutica de Kharkov. Si se compromete en firme, quiero resultados.

—Me han obligado a venir, Beveridge.

—Ha sido una invitación un tanto obstinada —sonrió el tipo—. De todos modos, reflexione. Necesito esos resultados para dentro de dos días. No se asuste. Aunque no tenga asistencia, va a disponer de los más modernos medios de trabajo. Estará aislado, y podrá concentrarse en el trabajo.

—Está bien. Entiendo que todo esto obedece a la preparación de un «*affaire*» a control remoto, por decirlo así.

—Pues no. El control será muy riguroso y personal —sonrió Beveridge.

—¿Puedo saber qué preparan?

—¿Para qué, señor Barnes? —inquirió, suavemente, Beveridge—. Mejor que no sepa nada. Límitese a su labor, sin hacer preguntas, ni, por supuesto, debe intentar averiguaciones. Procuraremos que durante su estancia aquí, y durante sus momentos libres, se encuentre cómodo y confortablemente instalado. Le pagaremos cuando haya concluido su trabajo.

—¿Y luego?

—Se marchará, y en paz. Puede volver a Manhattan, a la Calle

Treinta y Seis, o puede elegir nuevo domicilio, ciudad... Eso ya es cuestión de iniciativa propia, Barnes.

—Ya... Creo que cambiaré de señas. Y no pienso comunicárselas, por supuesto —rezongó—. Ahora, sí desearía retirarme. ¿Alguien puede mostrarme mi habitación, o lo que sea?

Beveridge había apretado ligeramente los labios, pero luego mostró su sonrisa, mirando a Úrsula.

—Ella le acompañará, señor Barnes —dijo.

—¿Vamos, Úrsula? —inquirió Pavlovich.

—Sí...

Ambos se pusieron en pie, y tras una convencional despedida, salieron del despacho. Caminaron en silencio, hasta llegar a una puerta que Úrsula abrió, dejando paso a Pavlovich, quien se metió en el cuarto y encendió la luz, observando, en primer lugar, que no tenía comunicación alguna con el exterior. Lo demás, le importaba poco. Todo era bonito y confortable, pero ciertas preocupaciones le impedían reparar en los detalles. Y tras su rápida observación, se volvió hacia Úrsula, que había penetrado en el cuarto, cerrando la puerta.

—¿Quién es ese Beveridge? —inquirió Pavlovich.

—Él te ordenó que no hicieras preguntas, Seth. Yo te lo ruego —murmuró Úrsula.

—Bonita situación... No soy tonto, Úrsula, y sé que tramáis algo de sabotaje, o espionaje, contra Estados Unidos. Personalmente, como comprenderás, me tiene sin cuidado. Sin embargo, no me agrada en absoluto verme mezclado en esto.

—Cuando salgas de aquí, lo olvidas, y listo.

—Ya... ¿Y tú?

Úrsula sonrió levemente.

—Yo no puedo salir, Seth —dijo—. Ni quiero.

Pavlovich echó una ojeada a la estupenda figura de Úrsula. Realmente, morir, matar, amar... Allí todo era lo mismo.

—Buenas noches, Úrsula —dijo.

—Recuerda: no trates de curiosear.

—Imagino que todo este tinglado contiene varias secciones. He olido algo especial al pasar por delante de una de las puertas... ¡Espera! Acabo de localizar el olor: ácido sulfúrico. Eso es, exactamente, ácido sulfúrico, y algo más... Por tanto, uno no puede

por menos que pensar que, además de haberos procurado un técnico en cuestiones electrónicas y metalúrgicas, tenéis formando equipo a algún químico, quien, probablemente, ha llegado hasta aquí tan obligado como yo mismo y... —Frunció el ceño, mirando rectamente a Úrsula—. Sí..., ¿por qué no? Seguramente lo has conseguido tú...

—No sé de qué hablas —dijo, un tanto secamente, Úrsula.

—No importa. ¿Puedo ya quedarme a solas?

Úrsula inclinó la cabeza.

—Hasta mañana, Seth —dijo.

Repentinamente, alzó los brazos, rodeando el cuello de Pavlovich, y se pegó a él, besándole en los labios. Luego, le miró a los ojos, como esperando algo.

Pavlovich, sin aspavientos, sin palabras, se limitó a acompañar a Úrsula hacia la puerta. La abrió y depositó a la bella mujer en el pasillo, cerrando a continuación. Luego, olvidándola inmediatamente, muy preocupado por otras causas, encendió un cigarrillo y paseó mucho rato por el cuarto, sin notar el menor síntoma de cansancio o sueño.

V

NO constituyó ninguna sorpresa para Pavlovich el hecho de no hallar la *Parabellum* en el doble fondo de la maleta. La había dejado en manos del conductor del coche que les esperaba en el aeropuerto, y la había encontrado en su habitación, registrada, naturalmente, y sin la pistola.

Había reflexionado sobre lo que podía pensar Beveridge con respecto a la *Parabellum*, americana, pero se encogió de hombros. Si le hacían preguntas, podía, simplemente, decir que la había comprado a buen precio en los muelles del Hudson, sin saber tan siquiera a quién la compraba.

Aun sin *Parabellum*, Pavlovich decidió arriesgarse. Estaba convencido de que su situación no iba a empeorar por ello. Le amenazarían con más o menos fuerza si le descubrían, le vigilarían más estrechamente, pero, mientras, tal vez descubriera algo. Y para empezar, es claro, trataría de saber algo más sobre el olor a ácido sulfúrico.

Salió de su cuarto, sin ver a nadie.

Con paso silencioso, pero largo, recordando el camino seguido para llegar a su cuarto, retrocedió, en busca de la puerta a través de la cual se filtraba aquel olor nauseabundo. Fue cosa de cinco minutos.

Ante la puerta, vaciló. Su oído permanecía atento, por si percibía pisadas.

Luego prestó atención a lo que pudiera haber detrás de aquella puerta cerrada, y creyó oír una especie de burbujeo; sin duda, reacciones del ácido sulfúrico. Y, sin más, completamente decidido, empujó aquella puerta.

Por lo pronto, tras su rápido vistazo, descubrió a un solo hombre

en aquel laboratorio no muy complejo. Por lo visto, se trataba de una sola especialidad.

El hombre que estaba en el laboratorio alzó la cabeza y le miró con indiferencia.

—¿Y las cápsulas? —inquirió.

Pavlovich, acercándose al hombre, le observó atentamente. Podía tener cincuenta años, y lo mismo su aspecto, algo desaliñado, con la bata blanca sucia con algunos puntos de corrosión en ella, que su cabello grisáceo revuelto, y el aspecto ausente de su mirada, podían indicar que se hallaba ante un químico especialista.

—Hoy parecían tener mucha prisa, y veo sus manos vacías —dijo el hombre, mirando a Pavlovich.

—Ya llegarán —rezongó Pavlovich—. ¿Y lo otro?

—Listo. ¿No lo ve?

—No soy químico.

—Oh, bien... Ha sido fácil. De todos modos, espero que cumplan su palabra —dijo el químico, con un inglés bastante defectuoso.

—¿Y por qué no habíamos de cumplirla? —inquirió, en ruso, Pavlovich.

La mirada de despiste de aquel hombre desapareció, dejando paso a una chispa de interés.

—¿Usted es ruso? —inquirió.

—Como usted.

—Pero...

—Y mucho me temo hallarme en sus mismas circunstancias —suspiró Pavlovich—. Por favor, no hable de mi visita aquí a nadie. Temó incluso que lleguen a matarme. Antes le engañé; no tengo la menor idea sobre esas cápsulas de que me habló.

El hombre se puso nervioso.

—Váyase, por favor —dijo—. Lo que yo temo es que si le descubren aquí, nos maten a ambos... Le prometo no decir una sola palabra sobre usted, pero márchese. Sí..., creo que ambos nos encontramos en la misma situación. Por mi parte, deseo salir bien librado de ella.

—Lo comprendo... Huelo a fenol... Se me estaba escapando el olor, pero ahora lo registro perfectamente.

—Sí, sí, pero váyase, se lo ruego...

—Ácido sulfúrico y fenol...

—Pueden llegar... Son muy impacientes, muy exigentes. Recibo en el momento menos esperado visitas de míster Beveridge. Por favor, salga de aquí. Ya no estoy muy seguro de que todo salga bien, aun cumpliendo estrictamente sus órdenes. Imagine lo que puedo llegar a pensar si le descubren.

—De acuerdo, no tema. Ya me marchó.

Pavlovich se volvió y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el químico.

—¿Puedo saber su nombre? —inquirió.

—Karoyin...

—Yo Pavlovich —sonrió el joven—. Diga..., ¿qué ocurre entre el fenol y el ácido sulfúrico?

—Bueno..., existen distintas reacciones, según la concentración. Pero no puedo hablarle de mi trabajo.

—Es sólo curiosidad, Karoyin.

—Lo siento, lo siento...

Pavlovich vio a Karoyin demasiado nervioso y optó por salir al pasillo, tomando precauciones. Caminó, alejándose, con absoluta tranquilidad. Una sonrisa curvaba apenas sus labios: Karoyin era uno de los cuatro rusos desaparecidos, perdidos al control del F. B. I.

Karoyin era uno de los hombres que abandonó su país y, protegido por la organización francesa, consiguió pasar a Estados Unidos. Por tanto, podía empezar a pensar, con muchas probabilidades de acertar, que los tres rusos restantes se encontraban, realizando diversos trabajos, en aquel extraño complejo prefabricado, y de especialidad por sección. Por supuesto, después de realizada la operación de que se tratase, todo aquello desaparecería, y al propio Pavlovich no le sorprendería ver, en una nueva lista, las cámaras de conservación de pescado, por ejemplo.

Por lo pronto, estaba junto a los cuatro rusos desaparecidos, e imaginando infinidad de cosas.

Ante la soledad total de los pasillos, y animado por el primer éxito, Pavlovich se dijo que era absurdo encerrarse en su cuarto.

Podía tratar de encontrar nuevas dependencias, nuevos datos que le permitieran hacerse una idea siquiera aproximada de todo lo que se estaba creando allí. Por otra parte, quizá lo más interesante de un modo personal, sería saber dónde se encontraba exactamente.

Los micrófonos instalados en su apartamento de la Calle 36 de Manhattan constituían cierta seguridad, pero... No había que menospreciar, en absoluto, la posibilidad de que Úrsula hubiese sido más rápida que los propietarios de los oídos atentos a los micrófonos.

Se detuvo ante una puerta, detrás de la cual zumbaba algo; quizá un motor...

Sin vacilar lo más mínimo, abrió la puerta y se coló en aquella nave, bastante más grande que la del laboratorio. Y pudo ver confusamente algunas cosas antes de recibir un tremendo puñetazo en el estómago, que, pillándole desprevenido, le vació, dejándole sin fuerzas para repeler el ataque. Y, es más: sin fuerzas para esquivar el segundo golpe, que le alcanzó en la punta de la barbilla, tirándole hacia atrás, hacia el pasillo.

Estaba aún vacilando, con la mirada turbia, cuando alguien le agarraba el brazo derecho, retorciéndolo, situándolo a su espalda, en una presa que convertiría en una tortura cualquier esfuerzo.

Notaba la pesadez del silencio.

Luego oyó, con tono muy seco, la voz de míster Beveridge:

—No fue esto lo convenido, Pavlovich.

—Me... me equivoqué de puerta... —jadeó Pavlovich—. Eso es todo... Yo...

—¿Por qué salió de su cuarto?

—Bueno, me comporté un tanto bruscamente con Úrsula, y estaba tratando de localizarla...

Soltó un gruñido de dolor, cuando quiso soltar su brazo derecho, notando que se aflojaba la presión de aquella presa. De una ojeada reconoció a Coppard, y esbozó una sonrisa, Coppard era el guardaespaldas, el matón. Uno de esos tipos a los que Pavlovich no comprendía, y tal vez por eso odiaba, de un modo casi irracional.

Beveridge miraba con fijeza a Pavlovich.

—Vuelva a su habitación —dijo—. Verá a Úrsula mañana. Ella misma le mostrará su nave de trabajo. Esta vez han sido unos golpes sin importancia, Pavlovich, pero no habrá segunda advertencia.

—Ya les digo que buscaba a Úrsula...

—Está bien. Acompañaile a su cuarto, Coppard. Yo debo seguir en esta nave aún.

—Sí, míster Beveridge. Andando, Barnes...

Le soltó el brazo, empujándole.

Poco después, de un empujón introducía a Pavlovich en la habitación destinada a éste. Coppard solo dijo:

—Recuerda: no habrá segunda advertencia.

Y cerró la puerta, dejando solo a Pavlovich. Éste, suspirando, acariciándose la barbilla, fue a sentarse al borde del lecho. Encendió un cigarrillo, y tras fumar unos instantes, relajado, cerró los ojos, y trató con todas sus fuerzas de rememorar lo que tan fugazmente había visto en aquella nave.

En primer lugar, y quizá como única excepción, eran dos los hombres que trabajaban en ella, con un extraño aparato de forma esférica, del cual sólo tenían preparada la estructura; creía recordar, además, que la plancha de acero del aparato era bastante gruesa, y que en el momento de su irrupción en la nave, los dos técnicos estaban acoplando una especie de ventana a aquella estructura; un cristal, concretamente, demasiado grueso, pero transparente; tal vez de cuarzo...

Meneó la cabeza.

Tal vez le conviniera un sueño.

Fue una sorpresa ver a Úrsula, portando una bandeja con el desayuno, cuando, tras oír la llamada en la puerta de su cuarto, Pavlovich abrió.

—Pasa —dijo Pavlovich.

Úrsula entró en la habitación. Había cambiado su vestido color calabaza, con el cinturón metálico, dorado, por una minifalda de pana, verde, y un jersey ceñido al pecho, de cuello alto, de un tono gris, con franjas rojas. Silenciosa, Úrsula fue a dejar la bandeja del desayuno sobre la mesita rodante.

Luego, se volvió hacia Pavlovich, y dijo:

—Sé lo ocurrido anoche, Seth...

—¿Y qué? —Gruñó Pavlovich.

—Te arriesgaste demasiado por mí —musitó Úrsula.

—Me di cuenta tarde —rezongó Pavlovich—. Lo cierto es que me quedó cierto mal sabor de boca, después de separarnos. Como no ha habido engaño entre nosotros, no tengo por qué tratarte mal. Bueno, excúsame por lo de anoche.

—No tiene importancia... Tienes quince minutos para desayunar. Luego, te acompañaré a tu sección.

—Está bien.

Pavlovich se sentó ante el desayuno, mientras Úrsula recorría con la mirada la estancia. Parecía que tenía algo que agregar.

—¿De dónde sacaste la «*Parabellum*»? —inquirió, por fin.

—¿La...? ¡Oh, sí...! La compré barata en los muelles.

—Entiendo. Se te devolverá cuando salgas de aquí.

—La pistola no me preocupa.

Y callaron, mientras Pavlovich consumió su desayuno. Úrsula se había sentado ante él, con las piernas cruzadas, y le miraba con cierta melancolía. Resultaba un cuadro de perspectivas realmente agradables. Pavlovich la miraba, como calculando ciertas probabilidades de que Úrsula sintiera hacia él algo en verdad distinto a una pasión más o menos explosiva..., como la salva de pólvora, por ejemplo. Podía ser, pero no quiso arriesgarse.

Terminó el desayuno, y dijo:

—Cuando quieras.

Úrsula se puso en pie.

En silencio, se dirigieron hacia la salida. Poco después, caminaban por los pasillos, hasta que Úrsula empujó una puerta. Encendió los fluorescentes, proporcionando una espléndida claridad a la estancia cerrada.

—Pasa y cierra, Seth —dijo.

Pavlovich obedeció.

—Ahí tienes todo lo que consideramos necesario. Examina el material, y si hay algo que no esté en orden, pulsa el botón que hay al borde de la mesa. Alguien acudirá a tu llamada. Si todo está bien, puedes empezar a trabajar. Los horarios son largos y rígidos. Yo misma te vendré a buscar a la hora del almuerzo. Buena suerte.

Pavlovich miró a Úrsula a los ojos.

—Algo te entristece, Úrsula —murmuró.

Ella mostró un intento de sonrisa.

—Oh, no... Estás equivocado, Seth —dijo.

—Como quieras. Sinceramente, no me incumben tus problemas personales. Lamento, de todos modos, que lo nuestro haya sido tan breve. Se dice que de lo breve se guarda mejor y más intenso recuerdo. Probablemente, quien afirma eso tiene razón. Y déjame ya solo. No puedo perder mucho tiempo si he de concluir todo el trabajo en dos días..., y casi con sus correspondientes noches.

—Repito, buena suerte...

Y se acercó a Pavlovich, con una clara expresión en su rostro.

—Ojalá te hubiese conocido tres años antes, Seth —musitó.

Pavlovich se limitó a inclinarse, y besarla en los labios. Úrsula se estremeció. Luego, en silencio, dio media vuelta, dejando solo a Pavlovich, ante el montón de material y piezas que necesitaba para construir su unidad de televisión móvil, con circuito cerrado. Esperaba que su «*hobby*» de varios años, la electrónica, le fuese útil en aquellas circunstancias.

Antes de empezar a manipular con piezas, se rascó la cabeza, sonriendo irónicamente.

Si no le acompañaba la suerte, de allí, quizás, lo único que saliera fuese un cascanueces electrónico.

Y, sin más, se aplicó a la tarea, comprobando que sus conocimientos permanecían en perfecto orden. En realidad, bastante superiores a la simple construcción de una unidad de televisión. Una de sus dudas estribaba, precisamente, en la posibilidad de ser sometido a un registro cuando saliera de aquella estancia, por cualquier causa; comer, o descansar... Era muy probable tal registro. En todo caso, podía esperar a comprobarlo.

Trabajó duro durante toda la mañana, en absoluta soledad, y silencio, lo cual en cierto modo era un sedante, y le permitía coordinar ideas.

A la una en punto se abrió la puerta de la estancia y entró Úrsula, pero no sola. Detrás de ella, Coppard, quien dirigió una suspicaz mirada a lo que estaba construyendo Pavlovich. Y Coppard rezongó:

—Alce los brazos.

Pavlovich fingió sorpresa, mirando a Úrsula. Ésta murmuró:

—Es una medida convencional, Seth.

—¿Y qué utilidad tiene?

—No lo sé. Yo no mando.

—Estás asustada —sonrió Pavlovich—. ¿Está listo, Coppard?

—Sí. Puedes irte, Úrsula.

—Vamos, Seth —dijo Úrsula—. ¿Te importará almorzar conmigo? En tu cuarto. Es la orden: has de almorzar en tu cuarto.

—Por mí, encantado. Cuando quieras.

Salieron de allí. Coppard se encargó de cerrar la puerta de la

estancia de trabajo de Pavlovich, y éste, con Úrsula, se dirigía hacia su habitación. Pavlovich empujó la puerta. Quedó como clavado en el dintel, con la vista fija en su lecho. Úrsula, detrás de él, sorprendida por la súbita rigidez del cuerpo de Pavlovich, se empinó, para poder ver algo.

Y lo vio.

Allí, en el lecho de Pavlovich.

Úrsula contuvo un grito de sorpresa y espanto.

VI

TRAS los primeros instantes de profunda impresión, perfectamente contenida, sin embargo, Pavlovich reaccionó, volviéndose hacia Úrsula, la cual seguía mirando hacia el lecho.

—No te asustes —dijo Pavlovich—. Es sólo un muerto.

—Pero...

—¿No sabías nada de la maniobra?

—¿Qué..., qué maniobra...?

—Bueno, la verdad es que no entiendo qué pretendéis colocando ese cadáver en mi cuarto. Y si tú no estabas enterada de esto, es que algo va mal para ti. Quizás no te conviene mostrarme excesiva simpatía, Úrsula. Oh..., sorpresa tras sorpresa...

Se habían oído pasos, y llegaba míster Beveridge, y junto a él, con caminar grácil, altivo el busto, suelta la cabellera platino, fijas las verdes pupilas en Pavlovich, iba Alva Lamotte. Pavlovich hizo una especie de corta reverenda a Alva, sonriendo de un modo extraño. Bueno, lo cierto era que de pronto se había hecho la luz..., en algunos aspectos, naturalmente.

—Mi querida Alva... —saludó—. Si me hubiese avisado de...

—No había nada que decir, Pavlovich. Si acaso, una pregunta: ¿Conoce al muerto?

Alva hablaba muy secamente. Beveridge estaba a la expectativa, y Úrsula parecía desconcertada. Decididamente, no era saludable para Úrsula su atracción hacia Pavlovich, el cual, con indiferencia, miró de nuevo el cadáver... Pobre Gris... Allí estaba, degollado. Si en vida había tenido los ojos azules mortecinos, no se puede hacer uno a la idea de cómo los tenía muerto, a menos que pudiese verle. Pobre Gris..., un buen confidente, un hombre agradable, honrado..., degollado; un triste cadáver...

—Pues no —dijo, con aplomo, Pavlovich—. No le conozco, Alva. Tengo la impresión de que ese cadáver se ha equivocado de cuarto.

Alva y Beveridge cambiaron una mirada.

—Sigo opinando que para ser un provinciano ruso es excesivamente desenvuelto —dijo Alva.

Beveridge se acarició la perilla.

—No perdamos la calma —aconsejó, denotando su clásico nerviosismo—. Y..., bien, no ha dado resultado lo que te proponías, Alva. Creo que para seguir hablando lo mejor es que vayamos a mi despacho.

—Sí... Posee una indudable seguridad, una serenidad que sólo se consigue con una experiencia larga y dura...

Lo decía todo mirando a Pavlovich, quien no ocultaba una sonrisa ligeramente irónica. Los ojos de Alva destellaban; matices verdes, que se oscurecían por momentos.

—Vamos, Beveridge —dijo, por fin, Alva.

—Eh, ¿y el muerto? —Gruñó Pavlovich.

—Puede almorzar en la habitación de Úrsula. ¿Te importa, Úrsula? —dijo Beveridge.

—No...

Pavlovich sonrió, mirando a Úrsula. ¿No se atrevía a decir que estaba dispuesta a almorzar con él? Tal vez fuese beneficioso que Úrsula empezara a sentir miedo hacia sus propios compañeros; o, por lo menos, un cierto recelo, que podía convertirse en una desconfianza total, si Pavlovich sabía hacer las cosas.

—Vamos, Seth —murmuró Úrsula.

Ambos echaron a andar, dejando atrás a Alva y a Beveridge. Un instante después, estaban en la habitación de Úrsula, mucho más confortable que la del propio Pavlovich. Tan pronto Úrsula cerró la puerta a su espalda, dijo:

—No entiendo lo ocurrido, Seth. Te lo prometo.

—No te esfuerces. Me he dado cuenta. Conoces a Alva, claro.

—Sí.

—¿Ha estado muchas veces aquí, en Estados Unidos?

—La he visto dos veces en tres años.

—Ya...

—Su visita estaba prevista...

—Aguarda. ¿También conocías al muerto? —inquirió Pavlovich.

—No...

—Pues es curioso...

—Un momento, Seth —musitó Úrsula—. Esto... ha sido un interrogatorio por tu parte. La verdad es que empiezo a asustarme de veras. Me inquieta que no me participen lo que piensan de ti, y lo que significa eso de dejar el cadáver en tu cuarto. Ellos, tal vez, sospechan algo de ti, Seth. Tu desenvoltura, tu pistola americana, las sospechas de ellos, y tu interrogatorio... Es un terrible «cocktail», Seth...

—¿Sí? ¿Quieres saber una cosa, Úrsula?

—Desde luego.

—Tengo hambre.

Úrsula se mordió el labio inferior. Por unos instantes, parecía que iba a enfurecerse, pero el luminoso azul de sus ojos quedó quieto. Sin pronunciar palabra, fue al teléfono y descolgó. Encargó el almuerzo para ella y Pavlovich en su cuarto. Luego, Úrsula, tras preparar la mesilla, se sentó, encendiendo un cigarrillo. Pavlovich se sentó frente a ella, mirándola a los ojos.

—Tienes miedo, ¿verdad? —inquirió.

—No.

—Mientes mal. Por lo menos, en esta ocasión.

—Yo...

—No te esfuerces, Úrsula. Tal vez no confían en ti tanto como crees. Es claro que no soy tonto, y acabo de saber por qué me localizasteis apenas puse los pies en este país. Fue Alva quien os puso al corriente de todo lo relativo a mí. No puede ser de otro modo. Creo haber observado que tu autoridad queda muy disminuida ante Alva. Apuesto a que sé en qué estás pensando: en lo que ellos puedan estar hablando. ¿No?

—No sigas, Seth. Creo comprender lo que te propones.

—¿Estás segura? Dilo.

—Tratas de sembrar en mí la duda, la desconfianza.

—¿Sí? ¿Y por qué motivo?

—No sé... Es posible que estés deseando huir, y quieras complicarme. Si es eso, olvídalo, Seth.

Pavlovich rió suavemente.

—No se te puede negar un grado muy aceptable de inteligencia, Úrsula —dijo—. Has dicho, ni más ni menos, la verdad. Me siento

aquí muy incómodo. Incluso he llegado a pensar en la clase de pago que tendré en cuanto termine mi trabajo. No es agradable, Úrsula. Y..., ese riesgo no lo corro yo solo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, rápidamente, Úrsula.

Pavlovich no quiso descubrir a Karoyin. Dijo:

—Digo que ese riesgo puede que lo corras tú también.

—No, Seth... No lo creas. Puede que en estos momentos crean que yo puedo constituir un peligro. No obstante, llegado el momento, les demostraría que no hay que temer. Incluso aceptaría matarte por mí misma si hiciera al caso, delante de ellos. Ignoro si te amo o no, pero ante mi propia vida...

Se interrumpió. El conductor del coche era también camarero, y dejó el almuerzo para ambos sobre la mesita; entró y salió sin despegar los labios.

Pavlovich, con absoluta calma, empezó a comer, contemplado por Úrsula.

—¿Sabes...?, creo que Alva tiene razón —musitó Úrsula—. Tu comportamiento te está delatando, Pavlovich...

—Tengo hambre. ¿Qué quieres que haga?

—Pero no puedes ser tan irracional. Comer en estas circunstancias...

—Empiezo a sospechar que estás mucho más inquieta que yo, Úrsula. Es motivo para perder el apetito, ciertamente, pero con un poco de optimismo uno puede hacerse ilusiones de que todo saldrá bien. Por mi parte, he terminado; deseo volver al trabajo. ¿Debes acompañarme?

Úrsula asintió con la cabeza. Le acompañó, en silencio. No hubo beso de despedida. Salió de la estancia donde trabajaba Pavlovich, quien, ya a solas, apretaba la boca, sin poder apartar de su mente la imagen del cadáver de Gris.

Miró todo aquello que estaba haciendo. Por supuesto, todo tendría que conectarse a unos controles, puesto que la unidad, el aparato, por sí mismo, de nada servía; era una instalación montada al vacío. Pensó que tal vez aquel aparato debería acoplarse al artefacto que había visto muy fugazmente la noche anterior. En cuanto a las derivaciones telefónicas, él, como con la televisión, podía montar los cuadros al vacío, para ser acoplados posteriormente en el lugar elegido. Y para ello no se necesitaba ser

un experto.

Podía significar, por tanto, que tenía dos días de vida; el tiempo que tardara en concluir sus cuadros de televisión y teléfono.

Trabajó toda la tarde, siempre con nuevas ideas con respecto a la situación.

Eran las ocho y media de la noche, cuando sus nervios comenzaban a irritarse, a causa de la tensión, cuando hizo su aparición Coppard. Él sólo en aquella ocasión. Pavlovich no hizo comentarios con respecto a Úrsula. En definitiva, ella, comprendiendo quizás el peligro, había optado por abandonar cualquier idea que pudiese haber albergado con respecto a él.

Coppard le registró. Luego, dijo:

—Vaya a su cuarto, y no se mueva. Todo lo que necesite le...

—Un momento, Coppard. Hay algo que quiero pedirle.

—Yo no puedo conceder...

—No le pido que obre por propia iniciativa. Se trata, tan sólo, de que comunique a míster Beveridge mis deseos de pasar a la biblioteca. Supongo que la tienen...

—Creo que sí...

—Es todo. Tengo una pequeña duda, y deseo hacer unos cálculos y consultar unos libros. Espero que míster Beveridge no tenga inconveniente. Espero la respuesta en mi habitación. Eh..., supongo que me han librado ya del cadáver.

—Sí —gruñó Coppard—. No tardaré en llegar con la respuesta.

Coppard dejó a Pavlovich en el cuarto de éste, quien se dedicaba a fumar, como si expeler humo fuese lo más importante del mundo. Unos minutos más tarde, se abrió la puerta del cuarto. Pavlovich se volvió, esperando ver a Coppard, pero mostró su sorpresa al ver a Alva Lamotte, con sus ropas que la hacían aparecer más delgada, pero exquisitamente esbelta, joven. Llevaba un jersey oscuro, de cuello alto, y pantalones largos. Caminó hacia Pavlovich.

—¿Qué significa eso de la consulta? —inquirió.

—Yo también podría hacerle muchas preguntas a usted, Alva. Supongo que...

—No importa nada de lo que usted opine, o suponga, Pavlovich. Se entiende que usted es un magnífico técnico.

—No tengo una experiencia muy amplia en esa clase de montajes, si bien he intervenido en acoplamientos de esa clase de

aparatos..., que no hacen al caso. Ya pagué mi precio por mi huida de Rusia, y por entrar cómoda y tranquilamente en Estados Unidos, con una nueva personalidad. Usted es un tanto cínica, querida... ¿Recuerda? Me dijo que no me buscara complicaciones, que me dedicara a vender aspiradoras, o me emplease como acomodador de cine...

—Está bien. Vaya a la biblioteca.

—Gracias, encanto... Por dos veces, he estado a punto de ahogar a una mujer con mis propias manos —gruñó Pavlovich—. Ya sabe lo que ocurre al tercer intento, ¿no?

—Sus amenazas...

—Déjeme en paz. ¿Quién ha de acompañarme a la biblioteca?

—Lo haré yo misma.

—Muy amable.

—Le vigilará Coppard.

—También es muy simpático. Diga: ¿qué ocurre con Úrsula?

—Nada. ¿Qué había de ocurrir?

Pavlovich se encogió de hombros. Echó a andar, sin esperar a Alva, la cual alargó el paso para ponerse a la altura de Pavlovich. Se les unió Coppard en el recodo del pasillo, y los tres, con Pavlovich en el centro, se dirigían hacia la biblioteca, que estaba en un cuarto anexo al despacho de mister Beveridge.

Coppard abrió la puerta, y Pavlovich se metió en la pequeña biblioteca que, como esperaba, se componía, en su mayor parte, de libros técnicos, en plan previsor. A solas, se dirigió hacia las estanterías. Rechazó todo aquello que trataba de electrónica, y su mirada iba recorriendo los distintos volúmenes, hasta encontrar un tratado de Química. Buscó un tanto nerviosamente con el índice. Debía darse prisa por la sencilla razón de que no es inteligente considerar que la gente es tonta, y cualquiera que entrase, incluido Coppard, podía darse cuenta de lo extraño que resultaba interesarse más por la Química orgánica que por la electrónica.

Encontró lo que buscaba. Y la explicación era sencilla.

El fenol, tratado con ácido sulfúrico en determinada proporción, produce ácido pícrico. Exacto... Ácido pícrico era el nombre que escapaba a la memoria de Pavlovich. Bien..., el ácido pícrico, junto con sus variantes, o algunas de ellas, como la melinita, finita y explosivo D posee un alto poder explosivo.

Pavlovich cerró el libro, lo dejó en su sitio, tomó el primero de electrónica que le vino a mano y se sentó.

Karoyin, pues, estaba fabricando explosivos... Ácido pícrico, cuyo agente detonador, sin duda, sería un variante del mismo; quizás melinita o finita... En cuanto a las cápsulas mencionadas, debía referirse a los recipientes del explosivo. Bombas de ácido pícrico, en una palabra.

Pero..., su eficacia era dudosa. Tal vez se trataba de un pequeño sabotaje...

Se abrió la puerta y entró Alva.

—¿Ha disipado sus dudas? —inquirió.

—Quedan algunas...

—Pues dese...

—No son relativas a mi trabajo aquí —sonrió Pavlovich—. Por ejemplo, me gustaría saber si puedo respirar un poco de aire fresco y puro.

—Hace muy mal tiempo; amenaza incluso galerna.

—Oh... ¿De veras?

—Sí. ¿Qué otras dudas tiene?

—¿Han matado a Úrsula?

—No diga tonterías.

—Ya...

—Hemos terminado, Pavlovich. Vuelva a su cuarto. Y no salga. Estoy enterada de sus aficiones a pasear por los pasillos, y meterse donde no debe.

—Oiga, ¿quién era el muerto?

—No le importa.

—Bueno, es que cada uno tiene sus preferencias. Para cuando llegue el momento, querida, prefiero un tiro al corazón. Buenas noches.

No esperó a que nadie le acompañara, y se metió en su cuarto. Pero Coppard, como un perrazo, le había seguido, atento.

La situación, que hasta el momento podía parecer benigna, se estaba agravando, y más con la presencia de Alva, y la muerte de Gris. No era seguro que Gris hubiese callado hasta el último momento. Por lo pronto, no presentaba señales de tortura, y Pavlovich consideraba aquello como su propia sentencia de muerte. No era tan descabellado suponer que Gris había hablado...

Por tanto, si la enfermedad era grave, el intento de remedio iba a ser drástico.

Sin pensarlo mucho, una vez Pavlovich hubo calculado todos los posibles tropiezos, y la forma de resolverlos, salió de su cuarto, y se dirigió rectamente al de Úrsula. La puerta encajaba perfectamente, como toda la estructura metálica de aquel complejo, pero por debajo se filtraba un poco de luz.

Fue suficiente para Pavlovich.

Empujó la puerta, y se metió en el cuarto. Esperaba ver el espectáculo de un rostro sorprendido, y, quizás, una actitud un tanto desairada por parte de Úrsula.

Pero todo era muy distinto. Era algo realmente macabro. Unos cadáveres, cuatro exactamente, desnudos, boca abajo, situado en una especie de rampa, que se abría bajo el suelo del cuarto de Úrsula. Y los cuatro cadáveres, irremisiblemente, estaban resbalando por la fina rampa de acero, y cayendo a un hueco, por debajo del cual se oía el fuerte fragor del mar.

Los cadáveres iban resbalando, sin necesidad de que nadie les empujara. Y Coppard, sorprendido, perdió un par de segundos en actuar. Cometió la torpeza de meter la diestra en el bolsillo de la chaqueta, en busca de la pistola.

Los dos saltos de Pavlovich, rápidos, potentes, le condujeron junto a Coppard, cuando éste tenía la mano derecha en el bolsillo. De ahí que el salvaje golpe que Pavlovich le asestó en el cuello con el canto de la mano le dejase de rodillas en tierra, nublada la visión. Un puntapié en el hombro derecho le dejó el brazo lacio, paralizado, sin la menor fuerza. Luego, un tirón de cabellos le volvió de espaldas. Seguidamente, Pavlovich introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta de Coppard y le arrebató la pistola.

El tipo ya había reaccionado, y dio una vuelta hacia atrás, sobre sí mismo, alcanzando con los dos pies al rostro de Pavlovich. Pero éste quedó quieto como una roca, sin acusar el doble golpe, faltarle potencia.

Coppard le atacó de nuevo, y los antebrazos de Pavlovich jugaron un importante papel: dos golpes de «kárate» detenidos. Luego, sin la menor compasión, descargó los suyos.

A las carótidas.

Coppard quedó en pie unos instantes, como borracho,

tambaleándose.

Pavlovich miró hacia la rampa, pero lo único que pudo ver fueron los pies del más alto de los cadáveres... Ya habían desaparecido bajo el agua. Había reconocido a Karoyin y a Gris. Ninguna duda, por tanto.

Una vez realizado el correspondiente trabajo, el pago era la muerte. Pero..., curioso: ¿por qué utilizaban a los rusos?

Gente experta en distintas materias, con entrada ilegal en Estados Unidos. Bien..., entonces, había que llegar a la conclusión de que aquellos cuatro rusos escapados al control de Washington no se habían reunido voluntariamente. Estaba demasiado claro.

Coppard se reponía difícilmente. Pavlovich le contempló, admirado de que no hubiese muerto casi al instante.

Se acercó a él, y de un empujón le sentó en una silla.

—Tal vez he llegado tarde y no he visto caer por la rampa a Úrsula —dijo Pavlovich—. Probablemente, ya no os sea útil, y...

Coppard negó con movimientos de cabeza.

—¿Dónde está, entonces?

—Se..., se marcharon...

—¿Quiénes? —Gruñó Pavlovich.

—Ella, y..., y... míster Beveridge...

—¿Juntos? Parece ser que éstos han terminado su trabajo, y como consecuencia podéis empezar la operación de que se trate. ¿Es así?

—En..., en parte...

—Claro: faltó yo.

—Te espera Alva... Alva se ocupa de esta última parte...

—Ya. Entonces, Úrsula sigue...

—Úrsula, por el momento, se ha ido a su casa...

—¿Vive en Seattle?

—N-no sé...

—¿No? —inquirió, con indiferencia, Pavlovich—. Entonces, probablemente sepas nadar. Y, en realidad, no es que me seas ya necesario. Por tanto...

—¡NOOO...! ¡LAS ROCAS ESTÁN...!

Pavlovich no dejó terminar de chillar a Coppard. Le pegó dos puñetazos, un empujón, y le dejó resbalar por la rampa, oyendo el fragor de mar y el grito de Coppard, que se iba perdiendo. La

verdad, aquello resultaba pavoroso. Y Pavlovich, fruncido el ceño, musitaba:

—¿Decías algo, Coppard? No te he oído bien... ¿Que no sabes nadar? ¿Las rocas? Mala suerte, muchacho...

VII

SALIÓ del cuarto de Úrsula, sin preocuparse de cerrar la luz, ni de observar el mecanismo de la rampa. Aquello le tenía sin cuidado. Se imponía una acción rápida, dado que al parecer, las circunstancias le favorecían. Por el momento, no estaban Beveridge, ni Úrsula..., ni Coppard. Estaría, seguramente, el tipo de coche..., y Alva, claro. No era gran cosa para él.

Pero ante ciertos desconocimientos del terreno, iba a tender su red.

Primera medida: fue recto hacia el laboratorio donde había trabajado el ruso Karoyin. Se introdujo en él, encendió el fluorescente y, tras un vistazo, observó que sus planes podían seguir adelante. Estuvo examinando una cápsula de las mencionadas por Karoyin, que había sido desechada, y abandonada en el laboratorio, porque presentaba una fisura. Las cápsulas eran de plástico, y su forma la de una bomba corriente, de poco paso.

Pavlovich, grave el semblante, pensó que aquellas bombas, en número de media docena, por ejemplo, podían causar bastante daño. Por otra parte, la explosión casi simultánea de ellas sería algo terrorífico...

No perdió más tiempo. Examinó el tablero del laboratorio, y se sintió aliviado al ver restos del cuerpo sólido de color amarillento que recibe el nombre de ácido pícrico. Asimismo, vio sustancias derivadas. Ignoraba si era melinita o lidita, pero como detonador valía. Y, además, sin esfuerzo; simplemente, por simpatía.

No tardó en encontrar un par de recipientes, que podían cerrar de un modo hermético. Con manos rápidas, introdujo ácido pícrico, comprimiéndolo en lo posible. Luego, a su debido tiempo, colocaría el detonador por simpatía.

Fabricó dos extrañas bombas, y salió al pasillo.

Podía equivocarse, pero si el agua y las rocas estaban en dirección al cuarto de Úrsula, tierra firme estaría en sentido opuesto.

Todo se hubiese simplificado un poco de saber dónde se hallaba Alva, y el cocinero-conductor-camarero, y si había alguien más. Ante la duda, no iba a dedicarse a abrir puerta por puerta. Sabía cómo hacer salir de su escondite a la caza.

Caminó en sentido opuesto al cuarto de Úrsula, dejando atrás varias puertas, entre ellas el despacho de Beveridge y la biblioteca. Lógicamente, un registro en aquel despacho sería muy sustancioso, pero no podía perder tiempo.

Llegó frente al tabique que parecía de fondo. Sabía que arriba estaba la nave donde se almacenaba y se pudría el pescado. O bien por ese lugar, o por otro cualquier hueco que practicasen las explosiones, podría salir al exterior..., después de ciertos requisitos.

Colocó sus bombas, una en cada rincón, y sudando un poco puso la lidita que actuaría como detonador. La comprimió, y luego corrió hacia atrás, ocultándose en la biblioteca, en espera de las explosiones.

Fue cosa de un minuto; la segunda, a los setenta y cinco segundos. Dos explosiones tremendas, que hicieron vibrar las planchas metálicas de los tabiques; y tales vibraciones producían agudos sonidos. Algo se derrumbaba, además, a juzgar por el fragor audible tras las explosiones.

Pavlovich, entonces, se limitó a empuñar la pistola, acercarse a la puerta de la biblioteca y esperar acontecimientos.

No tardó en oír la voz de Alva, autoritaria, seca. Lástima de belleza...

—¡Coppard, Mills...! ¡Ved lo ocurrido...! ¿Dónde estáis?

Apareció uno, que sólo podía ser Mills.

—¿Qué ha ocurrido, Alva?

—Ve a verlo. Yo me ocuparé de Pavlovich...

Pavlovich, sonriendo, oyó a Mills, que pasaba de largo por la puerta de la biblioteca, a grandes zancadas. Supuso que Alva ya había doblado el recodo del pasillo, por lo cual atacar a Mills por la espalda era de lo más sencillo. Salió de la biblioteca, y como pisando nubes corrió hacia Mills, que estaba mirando el

derrumbamiento, los cascotes, piedras, rocas, tierra y un cielo gris-rojizo encima; por el orificio penetraba un viento frío y húmedo.

—Mills...

El tipo giró velozmente, con un gesto defensivo, pero Pavlovich estaba preparado, naturalmente, y le alcanzó con toda facilidad con un izquierdazo al hígado, que dobló al tipo. Sin esperar más, Pavlovich le pegó en una sien con el cañón de la pistola, y le abrió una brecha. Mills no acababa de desplomarse, y Pavlovich repitió el golpe. No le gustó el chasquido. Y el silbido del viento penetrando por el agujero era estremecedor, agorero...

Mills quedó en tierra, sobre piedras y partículas de roca, sobre la retorcida plancha metálica.

—Si no has muerto de los golpes, agarrarás una fenomenal pulmonía —gruñó Pavlovich—. ¿A quién se le ocurre, hombre?

Luego, retrocedió cautamente, seguro de que Alva había descubierto ya su ausencia en el cuarto. Alva podía reaccionar de dos maneras. Una: buscarle por aquel sótano prefabricado. Dos: tratar de huir por la puerta grande.

Un rápido repaso mental de la idiosincrasia de Alva, llevó a Pavlovich a la conclusión de que ella le buscaría. Huir era como abandonarlo todo, y Alva no parecía de esas.

Entonces, Pavlovich se ocultó, a la espera.

Hasta que dos minutos más tarde oía deslizarse algo. Rumor de algo íntimo, y cierto perfume... Pegado al recodo, esperó. Hasta que apareció Alva, contraído el rostro, con una automática en la diestra, concentrada la expresión. Casi chilló de sorpresa, de pánico, ante el inesperado encuentro, ante la visión de aquellas negras pupilas, clavadas en las suyas.

Inútil lo que hizo; había tratado de disparar, pero un manotazo adecuadamente aplicado por parte de Pavlovich envió lejos la pistola de Alva, la cual, a la desesperada, quiso recuperarla. Una zancadilla la dejó en tierra, en postura realmente graciosa, juvenil, con la bata subida, mostrando el minicamisón, que más parecía una prenda de cuello. Pavlovich, evidentemente, sabía lo que decía. Eran formidables aquellas piernas, las curvas de aquellas formas delicadas...

Ella se revolvió, cerrando el espectáculo. Pero su reacción, cual fuese, quedó bruscamente cortada, puesto que la mano izquierda de

Pavlovich aferró aquella cabellera sedosa, color platino, estrujándola, retorciéndola.

—Quieta... Vaya por delante que tú y yo estamos solos aquí. Ahora, vayamos a lo positivo.

La puso en pie, abrió la puerta del despacho de Beveridge de un puntapié y la introdujo a empujones, hasta sentarla en un sofá, abierta la bata, jadeante, con trasparencias muy sugestivas en su ropita interior, de gran calidad. El busto se agitaba, la boca se comprimía, los ojos se oscurecían...

—¿Dónde está Beveridge? Eso en primer lugar. Luego dime dónde y cuándo se va a efectuar esa operación y de qué se trata. Bueno..., espero que vayas pensando en la suerte que corren los espías.

—Yo no soy espía. Por lo menos, no aquí. Yo...

—Lo mismo me da contemplarte sin dientes, querida.

—Yo...

—Vayamos por partes, ¿de acuerdo? Te ruego, no obstante, que la conversación sea rápida y sin desperdicio. Por lo pronto, te comunico que mi verdadero nombre es el de Sterling Heston y soy agente del

F. B. I.,

División de Asuntos Especiales, Washington. No te asombres tanto, muñeca. Pones una cara muy rara. ¿Crees que nosotros no sabemos pensar? Bien, prosigo: Gris era enlace nuestro, y en todo momento nos tenía al corriente de vuestras operaciones en París. Nosotros tolerábamos la entrada de esos rusos porque, primero, estaban controlados y en cualquier momento podríamos descubrir algo interesante; segundo, vosotros, tal vez, hubieseis podido proporcionar entrada..., a las manos del

F. B. I.,

de alguien con importancia bastante para que nos sintiéramos satisfechos. Gris, pues, era alguien inestimable para nosotros.

—Me siguió...

—Lo entendí así. En París, aunque tuve poco tiempo, le abrí los ojos; le hice comprender que en la organización había un traidor. Era fácil de entender, dado que el paradero de los cuatro rusos escapados al control del

F. B. I.,

era sólo conocido por vuestra organización y por el

F. B. I.

Naturalmente, no iba a creerse en una traición, del

F. B. I.

Entonces, haz la sencilla operación: de dos sospechosos resta uno. Quedaba, pues, vuestra organización. Gris abrió los ojos, te siguió, te diste cuenta y le mataste... ¿Le interrogaste?

—Sí... No te mencionó. Ni al

F. B. I.

—Gris era un buen elemento...

—Pero no es posible... En Praga nuestro enlace nos...

—Debo comunicarte que el verdadero Pavlovich salió de Praga tan tranquilo. Y en una pequeña estación, antes de llegar a Viena, fue sustituido por mí. Teníamos antecedentes de Pavlovich, y se me encomendó la misión precisamente por mis conocimientos de electrónica y metalurgia. Una vez contado esto, no creo que se necesiten más aclaraciones: el

F. B. I.

necesita saber todo lo concerniente a esta operación.

Alva sonrió.

Se tapó las piernas con la bata.

—Pierdes el tiempo, Heston.

—Sí... Sin embargo, como puedes comprobar, he descubierto lo de los explosivos. Sé también que habéis matado a tres de los rusos que elegisteis para fabricación de explosivos, de un artefacto que no consigo conocer y de algo más que ignoro por completo, puesto que falta uno de los rusos. Probablemente esté con Beveridge. Falta mi trabajo, del que tú debías hacerte cargo, trasladando los montajes al lugar de acoplamiento..., que posiblemente sea el aparato que vi en construcción, aunque lo dudo, puesto que pude trabajar directamente sobre el terreno de ser así. Quiero los cabos sueltos, Alva.

—Busca.

—¿Dónde vive Úrsula? Sé que está en Seattle, en su casa.

—Lo ignoro.

—¿Qué operación? ¿Qué sabotaje? ¿Contra qué y dónde? —masculló, ya alterado, el agente especial Sterling Heston—. Has de saber que todo el

F. B. I.

está al corriente de mi estancia en Seattle. Pusieron micrófonos en mi apartamento de la calle 36, en Manhattan. Les puse un cable desde París... El cerco está en torno vuestro.

—Mala suerte. Pero la operación se llevará a cabo.

—¿Y tu beneficio?

—Repito: mala suerte.

—Ya... ¿Has ganado mucho dinero?

—Bastante. He realizado operaciones por el estilo en otros países. Por supuesto, no todos los hombres que huían de Rusia elegían Estados Unidos. Los hay en Brasil, en Suiza, en Italia... Ante su precaria situación, y teniendo en cuenta que cada uno de ellos era especialista en algo, yo misma pensaba las operaciones, las proponía, y mediante un simple chantaje a esos rusos les obligábamos a colaborar. Eso o caer en manos del país correspondiente. Luego... desaparecían, tras dejar una estela indicadora que lo que ocurría era cosa de los rusos... Como ahora, si el

F. B. I.,

no supiera ya tanto, creerían que lo que va a ocurrir es cosa de los rusos.

—Ya... Tal vez no debiste arriesgarte a una operación en Estados Unidos.

—No, claro... Pero...

—¡¿Qué clase de sabotaje?! —estalló, ya furioso, Sterling Heston.

Alva negó con la cabeza.

—Está bien. Vamos a salir de aquí inmediatamente —dijo el agente especial—. Nos reuniremos con mis compañeros del

F. B. I.

¿Sabes? Prefiero que... sean ellos quienes te interroguen. Me temo que yo perdería la ecuanimidad. Muévete. Y cuidado. Casi no eres necesaria, Alva, y pudiera ocurrir que, de repente, decidiera tu reunión con Gris, Coppard, Karoyin y los otros dos científicos. Y otra cosa: ¿te ha de llamar Beveridge o está todo listo y simplemente te espera con todo el complejo de teléfono y televisión en el lugar señalado?

—No responderé a eso ni a nada.

—Andando entonces.

—¿Voy a salir así? —inquirió Alva abriendo la bata, dejando visible el conjunto, muy apreciable, pero en otras circunstancias.

Sterling la miró.

—Tienes dos minutos —dijo.

Salieron de allí en dirección al cuarto de Alva, muy parecido al de Úrsula. Penetraron en la estancia y Alva empezó a desnudarse sin alejarse en absoluto del hombre del

F. B. I.,

quien empezó a sonreír.

—¿Vas a perder la dignidad con este estúpido juego? —inquirió.

—Tal vez pierda la dignidad, pero puedo ganar otras cosas... En París me di cuenta de que me deseabas.

—Hombre..., ¿qué voy a decirte? Me gustan las mujeres hermosas, y si la oportunidad puede aprovecharse, sin menoscabo para nadie..., pues... Pero date prisa.

—Heston: son millones de dólares.

—¿De qué diablos estás hablando?

Alva se pegó a él. Tenía la piel ardiendo. Su sangre debía estar acelerada, pensando, claro, la manera de salir de la situación. Pero mientras sus ojos, de un verde muy claro, se mostraban casi ingenuos y su boquita lanzaba aliento perfumado a la nariz de Sterling. Éste, casi delicadamente, la obligó a soltarle, la hizo girar y la empujó hacia el ropero.

Alva empezó a vestirse.

Tardaba mucho en ponerse las medias...

Luego fue a perfumarse.

—Basta ya, Alva. Lo mismo me da llevarte a rastras.

—Quiero causar buena impresión...

De pronto se volvió, empuñando el pulverizador de perfume como si fuese un cañón. Los reflejos de Sterling Heston funcionaron perfectamente, aunque las cosas no salieron del todo bien. Había conseguido atrapar la diestra de Alva, cuando ella apretaba la perilla. Se perdió la primera carga, y la segunda, ante la presión de Sterling y el nerviosismo de Alva, fue a parar entre nariz y boca de ésta.

La aparición de una extraña espuma fue casi instantánea. Los ojos de Alva parecían querer huir de las cuencas, del horror de

aquel cuerpo consumido por el brutal gas venenoso.

Sterling la soltó.

Inexpresivo, la vio caer al suelo muerta.

Tan rubia, tan hermosa, tan joven... Bueno, el veneno, en realidad, hacía tiempo que lo llevaba dentro...

El hombre del

F. B. I.,

miró en torno. Otro buen lugar para un registro; pero, en verdad, eso podía esperar. Los papeles eran cosa secundaria en aquel asunto, que, según Alva, era de ¡millones de dólares...!

Sterling, dirigiendo una última mirada al cadáver de Alva, salió de allí, ya dispuesto para salir al exterior y llegar a Seattle cuanto antes. Estaba claro que si el

F. B. I.,

no había hecho su irrupción en aquel lugar era porque andaban despistados por Seattle, porque de una cosa no cabía duda: aparte de los miembros de la Delegación del

F. B. I.,

en Seattle, otros varios estaban allí buscando desesperadamente.

Fue hacia donde estaba el agujero practicado por las explosiones.

Hum... Mills no se había movido.

Peor para él.

Sterling se agarró a los bordes del orificio y se izó a pulso, hasta que pudo apoyar los codos. Luego empezó a empaparse con el agua de la lluvia que caía con fuerza. Importaba poco. Ya en el islote, se orientó debidamente. Apenas podía localizar Seattle a causa de la bruma y la lluvia, pero algunas luces se filtraban, indicando la situación de la ciudad.

El agente especial supo que estaba en Trimble Island, casi en mitad de Puget Sound, donde sólo había algunas industrias de pesca, no demasiado importantes además. Había embarcadero, pero Sterling lo desechó. En torno a la nave de Beveridge, que estaba a unas yardas de distancia, debía haber algún medio de...

Allí estaba: una lancha. Corría el riesgo de hundirse antes de llegar a Seattle, puesto que la bahía estaba perdiendo quietud por momentos.

Pero una cosa era segura: no iba a quedarse allí.

Cinco minutos más tarde se hacía a la mar, empapado por el agua de lluvia y salpicado por la del mar.

VIII

SE dirigió directamente a la Estación Naval de la ciudad, donde unos guarda-costas le salieron al paso. Las explicaciones fueron rápidas y someras, y poco más tarde el agente especial llegaba a tierra firme, y su primera preocupación fue cambiarse de ropa; le dejaron unos pantalones azules, un jersey negro y un gorro de lana. Con cierta repugnancia bebió un buen trago de *whisky*, y ya no quiso perder más tiempo. Se agarró a un teléfono, marcando el número de la Delegación del

F. B. I.

Cuando llegó la respuesta inquirió:

—¿Está Cliffton?

—Sí... ¿Quién?

—Su hermano —sonrió Sterling.

—A ver, espere...

Poco después se oía un alarido:

—¡Sterling!

—Yo, Cliffton, tranquilo.

—Pero ¿dónde mil diablos...?

—No perdamos tiempo ahora. Hay algo que hacer. Bueno, son varias cosas, todas urgentes; pero por alguna hay que empezar, ¿no?

—Bueno..., pues al grano. Ah, muchacho... He sudado tinta de pulpo...

—Cada uno... Atiende: me voy al puerto, muelle 12. Busca un lanchón rotulado «Adelaide». Y ya nos veremos. Despliega todas las fuerzas que quieras; pero, eso sí, con absoluta discreción, Cliffton. En ese lanchón busco a un hombre. Y probablemente llegue también una mujer: la conocéis de nombre, es Úrsula. ¿De acuerdo? Eh: ¿habéis visto la explosión de Trimble Island?

—¿De qué explosión estás...?

—No importa. Atención al muelle 12, al lanchón «Adelaide» y a Úrsula. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Sterling...

Sterling Heston colgó el teléfono. Luego se hizo conducir ante el oficial de guardia de la Estación Naval, a quien solicitó una pistola. El oficial le entregó un revólver de la Marina de reglamento, que el agente del

F. B. I.,

se puso entre el pantalón y la carne, cubriéndose con el grueso jersey.

—Si necesita algo más...

—Es todo, muchas gracias.

Tres minutos más tarde caminaba acercándose al puerto, buscando zonas protegidas de la lluvia, que estaba amainando. La figura de Sterling era casi invisible, dada la oscuridad y el color de sus prendas, incluido el gorro de lana que llevaba en la cabeza, que le proporcionaba además el aspecto de un marino corriente.

Empezó la búsqueda del «Adelaide» al llegar al muelle 12.

Cuestión de cuatro minutos. Vio el lanchón, con luces abajo, en el único camarote.

Tras un cálculo de la situación de Trimble Island, creyó que era muy poco probable que el tipo del lanchón hubiese percibido las señales de la explosión. Vaciló un poco buscando la forma de saltar a cubierta sin producir ruido.

Se trataba de un salto y agarrarse a la borda, aunque quizá la sacudida fuese notada. No... Había cierto oleaje en el muelle... Lo hizo; se aferró a la borda con ambas manos y pisó cubierta con toda suavidad. Luego, los pasos, en dirección al portante de entrada del camarote, fueron lentos, precisos, silenciosos...

Empezó a oír voces: un hombre y una mujer hablaban. No, discutían. El tono de voz era bastante agudo, especialmente por parte de la mujer.

Sonriendo secamente, Sterling empezó a descender. Ya delante de la puerta del camarote, sólo entornada, y con la pistola por delante, esperó un par de segundos. Oh..., era Úrsula, y hablaba de cierta explosión. Bueno, el daría las explicaciones que hicieran al caso.

Abrió la puerta, se coló en el camarote y trazó un corto radio, amenazando a Úrsula y al marino con el arma.

—Buenas noches. Los buenos modales, en mi opinión, deberían emplearse hasta en el infierno.

El marino, un tipo de cuarenta y tantos años, fornido, con un estómago abultado, fuerte; curtido el rostro, áspera la barba, achicaba los ojos, poniendo de manifiesto muchas arrugas producidas por la vida en el mar.

Úrsula, con su capa, sus botas blancas, su cabello tan negro y los ojos tan azules, parecía un adorno... de mármol, a juzgar por el color de su rostro. Hasta iba a ponerse verde...

—Seth... —consiguió musitar por fin.

—Vayamos deshaciendo errores. No soy Pavlovich, ni Seth, querida. Soy un tipo llamado Sterling Heston y pertenezco desde hace cuatro años al

F. B. I.

Por tanto, creo que sobran las cosas superfluas. Cierto lo de la explosión; cosa mía. Todo aquello destruido, y creo que no queda nadie vivo. Ni Alva, ni Mills, ni Coppard, ni Gris, ni Karoyin... Nadie. Los vivos están en... ¿Dónde, Úrsula?

—¿Puedo... sentarme? —musitó Úrsula.

—¿Por qué no? Pero quiero verte las manos. O, mejor, quítate la capa. Ponte de espaldas y que te la quite ése.

Se hizo. Sin intentos que podían crear dificultades.

Úrsula se sentó. Llevaba la minifalda de pana y el jersey gris con franjas rojas. El otro estaba tenso, buscando un punto de escape; pero el agente federal tenía los ojos más abiertos que él y dijo:

—Tú, busca debajo de la litera.

—¿Debajo de la...? ¿Y qué debo buscar?

—Se me perdió el encendedor durante el viaje. No asomes de ahí debajo hasta que lo encuentres.

El tipo se arrodilló primero y se metió bajo la litera. Sterling sonrió burlonamente. Apoyó la espalda en el tabique del camarote y, mirando a Úrsula a los ojos, dijo:

—Perdiste una buena oportunidad, Úrsula. Yo hubiese intentado salvarte, en lo posible. Ahora...

Úrsula se mordió el labio inferior.

—Empieza, Úrsula. Bueno..., ya no hay gran prisa, puesto que la

operación no puede realizarse de un modo perfecto, al carecer de las comunicaciones y de la televisión. Beveridge, sin duda, se alarmará; pero o bien será tarde o bien se pondrá nervioso y huirá sin realizar esa operación..., que significa millones de dólares.

—Lo sabes... —susurró Úrsula.

—Ya ves que sí. Alva no aguantó mucho mis torturas.

Úrsula, completamente lívida, miraba, incrédula, a Sterling.

—¿La... torturaste?

—Sí. Murió, sin embargo, antes de poder confesar el lugar donde puedo encontrar a Beveridge.

—Pero...

—¿De qué te asombras? —Gruñó Sterling—. Lo de siempre, claro: crees que sólo la gente como vosotros tiene derecho a matar, a torturar, a traicionar, a robar... ¿Es eso? Puedes ahorrarte muy malos ratos, Úrsula. Naturalmente, no es un placer para mi torturar a una mujer, pero lo hago y en paz. Quítate el jersey.

Úrsula se puso en pie.

—Espera... —musitó—. Yo... tuve que luchar mucho conmigo misma para abandonarte,...

—Lo hiciste.

—Si nos descubrían...

—Lo entiendo, Úrsula. De veras. Pero la situación es ésta. Quítate el jersey. ¡Vamos!

Úrsula empezó a obedecer. Se quitó el jersey, mostrando su ropa interior. Sus hombros y parte de la espalda estaban al descubierto.

—Ahora, querida, enciende un par de cigarrillos. Con mi mechero —dijo, soltando una risita irónica dirigida al marino, que se estremeció de rabia por la burla.

Úrsula encendió dos cigarrillos; con mano poco firme, tendió uno a Sterling, quien fumó unos instantes. De súbito, dijo:

—Vuélvete de espaldas, Úrsula.

Ella lo hizo, pero girando la cabeza para mirar a Sterling.

El hombre del

F. B. I.,

chupó con fuerza del cigarrillo, y la brasa se puso incandescente, reflejándose en las azules pupilas de Úrsula, con expresión de terror.

—¿Dónde, Úrsula? —inquirió el agente federal.

—No sé...

—Como quieras.

—¡Espera!

—Bien...

—Lo diré... Pero no puedo creer que seas un agente del

F. B. I.

Los hombres del

F. B. I.,

no... no torturan... Tú eres un maldito ruso, que...

—Lo que sea, Úrsula, poco importa. Quiero saber dónde está Beveridge.

—Y el oro para ti, ¿no?

Sterling no dejó que el asombro trasluciera a su rostro. ¿El oro? Estaban los tiempos como para hablar de oro... Millones de dólares... en oro. ¡En oro!

—Bueno..., pongamos que para ambos, Úrsula —dijo Sterling. Ella se volvió.

—¿Lo harías? —inquirió, ansiosamente.

—Sí.

—Vamos, entonces.

—¿Y éste?

—Le matas, y en paz.

«Ése» era el marino, quien soltó un grito de ira, y salió de debajo de la litera, pero no con las manos vacías; llevaba un barrote de hierro, que había incluso sudado, en espera de la oportunidad de salir de allí, y machacar la cabeza del tipo del

F. B. I.,

o lo que fuese. Pero no podía esperar más, ante las circunstancias. Y actuó con una dosis de suerte muy digna de consideración, puesto que el golpe, trazado en arco, alcanzó en un tobillo al hombre del

F. B. I.,

quien soltó un gruñido de dolor, y tuvo que saltar, para esquivar el segundo golpe. El tercero fue a la altura del estómago, y le arrebató el revólver, magullándole ligeramente la mano.

El cuarto falló.

Sterling pudo reponerse y saltó sobre el marino.

Le agarró con ambos brazos por la cintura y levantó la cabeza, golpeándole en la barbilla. Luego, soltó la zurda y le asestó dos

restallantes puñetazos al hígado; el tipo aulló de dolor y sus rodillas se doblaron de súbito.

Sterling tuvo que soportar el peso del marino, pero sorprendido por la caída de éste, le acompañó, y ambos quedaron en el suelo, juntos, revolcándose, atizándose demoledores puñetazos, de los cuales sólo algunos acertaban.

El hombre del

F. B. I.,

mucho más sereno, con una exacta noción del peligro, procuraba no separarse del marino; en el momento en que lo hiciera, constituiría un fácil blanco para Úrsula, cuyo rostro, transformado, espiaba el momento de disparar su pistola.

Y llegó la ocasión; el marino se había puesto en pie, y quiso saltar hacia atrás. Por unos instantes, la figura de Sterling fue un blanco fácil.

El disparo brotó, silencioso, y la bala se hundió en la nuca del marino, que había sido aferrado desesperadamente por Sterling, quien no le dejó completar el salto. El muerto, el fulminado marino, quedó entre los brazos del sudoroso Sterling.

Y ella, ciega, siguió disparando, mientras retrocedía hacia la puerta del camarote, hasta desaparecer.

Sterling, cansado, dejó caer el cadáver del marino y fue en busca del revólver prestado por el oficial de guardacostas. Lo tomó, mientras oía la carrera de Úrsula por el pasillo. Luego oyó el taconeo en cubierta.

Corrió hacia las escaleras, subió, y tuvo que amagarse velozmente, cuando una bala rebotó en el portante.

Luego se oyó una voz muy conocida por Sterling:

—¡Arroje el arma, Úrsula!

Bueno, por fin... Ya estaban allí Clifton y los otros...

Luego oyó voces de alarma.

Asomó la cabeza y lo vio: fue un limpio salto. Úrsula saltó por encima de la borda, hundiéndose en las agitadas y negras aguas del muelle. Sterling corrió a cubierta, cuando los demás federales se acercaban a la borda.

—Sterling, ¿estás bien? —inquirió Clifton.

—Sí.

—¿Qué haces...?

El gorro y el jersey de Sterling cayeron sobre cubierta. Dos segundos más tarde, un cuerpo enjuto, muy elástico, de músculos flexibles, alargados, surcaba el aire y desaparecía bajo el agua.

Habían transcurrido quince segundos desde que se hundiera Úrsula, y no podía estar muy lejos. El federal, ciego completamente, se hundió al máximo, sin encontrar a Úrsula; luego, se alejaba del lanchón, siempre a bastante profundidad, hasta que notó que sus pulmones necesitaban aire. Emergió y respiró hondo un par de veces, para emerger seguidamente.

Un cálculo fácil le condujo al éxito. Úrsula no podía permanecer el mismo tiempo que él bajo el agua ni nadar a su velocidad. Por tanto, era cuestión de calcular la nueva salida de Úrsula a la superficie.

Hubo suerte.

Además, los del

F. B. I.,

estaban ya rompiendo en parte la oscuridad, con potentes focos, que recorrían la superficie.

Sterling la vio y se acercó a ella velozmente. Entre el miedo y el cansancio, Úrsula no pudo evitar que su inmersión quedase bruscamente cortada, cuando las manos de Sterling agarraron su tobillo izquierdo. Perdió energía con un inútil pataleo, y poco después, pese a la difícil situación, agradecía el hecho de poder respirar libremente, ya en la superficie.

Sterling, silencioso, se hizo un lío en la diestra con los cabellos de Úrsula, y fue nadando, remolcándola, hacia el lanchón, donde ya había una escala de cuerda tendida, y dos agentes especiales en condiciones de izar a Úrsula y ayudar a Sterling.

Fue cosa de tres minutos.

Úrsula, muy fatigada, estaba tendida en cubierta, respirando fuertemente, con la escasa ropa que llevaba pegada al cuerpo, con la minifalda de pana inútil para su cometido de ocultar y abrigar... Mientras, Sterling se estaba secando el torso y el cabello, para, a continuación, ponerse el gorro y el jersey.

Bajaron a Úrsula al camarote y la obligaron a tomar un trago de *whisky*, lo que la reanimó bastante. Parecía una muñequita que había estado en manos de una niña malvada y destrozona.

Sterling estaba frente a ella, grave el rostro, silencioso.

—Eres del
F. B. I...

—musitó ella.

—Sí.

—No lo entiendo... ¿Cómo conseguiste colarte en la organización de París?

—Eso no importa ahora, Úrsula. Un dato; sólo un dato: ¿dónde está Beveridge?

—En California, en Jovita Peak —musitó Úrsula.

Sterling miró a Clifton.

—Minas de oro —dijo Sterling.

—Sí...

—Nos vamos. Por el camino iras ampliando información, Úrsula. No perderemos mucho tiempo. Se supone que Beveridge debe recibir con determinada frecuencia noticias de Alva. Empezará a pensar que algo va mal si no obtiene esas noticias. Clifton: ¿puedes ocuparte de preparar un vuelo especial?

—Desde luego.

—Bueno, muchachos, salgan, y traten bien a Úrsula. Voy a cambiarme los pantalones; no me gusta tenerlos mojados...

Hubo algunas sonrisas.

Agarraron a Úrsula y la sacaron de allí.

Sterling se puso los pantalones del muerto y encendió un cigarrillo.

Era un placer en aquellos momentos.

IX

LA avioneta daba a veces sensibles bandazos, a causa del mal tiempo; tuvieron que remontar las nubes, y aminorar la velocidad. En la avioneta viajaban seis hombres del

F. B. I.,

incluido Sterling, el cual estaba ocupando el asiento contiguo a Úrsula, que no había despegado los labios desde hacía una hora.

Se limitaba a aceptar algún cigarrillo, cuando Sterling la ofrecía, y era todo.

—Úrsula: nos estás conduciendo junto a Beveridge, estamos de acuerdo. Pero podemos llegar tarde. Si Beveridge se ha alarmado, puede realizar la operación, prescindiendo de ciertos elementos. En este caso, tu confesión, por incompleta, no serviría de nada; no te eximiría en absoluto de culpabilidad.

—¿Y qué? —murmuró Úrsula.

—Nosotros, por radio, podemos conseguir que esa operación no se realice.

—Hacedlo. Que busquen a Beveridge en Jovita Peak.

—Tal vez no quieres entenderlo. Queremos comunicar a San Francisco toda clase de datos.

—Quieren robar todo el oro de una mina de...

—Oh, vamos... ¿Cómo? ¿Cómo piensa utilizar las bombas de ácido pícrico? ¿Cómo trasladarán el oro? ¿Tiene algún cómplice en la mina? ¿En dónde piensan ocultar el oro...? Este último dato es imprescindible conocerlo, por si la operación ha sido realizada ya.

Úrsula respiró hondo.

—No creo que mi silencio cambie las cosas —murmuró—. Tampoco el hecho de que hable va a cambiarlas... Todo fue ideado por Beveridge. Es un financiero bastante conocido en Seattle.

Últimamente, las cosas no le iban muy bien: existe una pernicioso psicosis del oro en estos últimos meses, eso ya es sabido.

—Sigue, Úrsula.

—¿Me das un cigarrillo, Sterling?

—Desde luego.

Encendieron ambos cigarrillos, y Úrsula siguió:

—Beveridge está transformando en oro todo su patrimonio.

—¿Por qué razón? No ignoramos que el oro, en todo momento, es algo así como una forma de dominio. Sin embargo, el hecho de que Beveridge, aun en el supuesto de que consiguiera realizar el robo y apoderarse de unos cientos de libras de oro, no iba a dominar gran cosa. Por mi parte, debe considerar eso como una ambición personal de Beveridge.

—No cabe duda, Sterling, pero la ambición va mucho más lejos. Hay mucha gente, hoy, en el mundo, dedicada a atesorar oro. Beveridge quiere formar un «pool» del oro. Intervendrían incluso elementos europeos y sudafricanos. Beveridge tiene la pretensión de ser el presidente de ese «pool».

Sterling miraba de lado a Úrsula.

—Bueno..., un «pool», en realidad, es el precedente del «trust», Úrsula —dijo—. Y los «trusts» están perseguidos por nuestras leyes federales. Pero estamos hablando de los propósitos de Beveridge, cuando lo que en realidad interesa es la forma de llevarlos a cabo. Habla de eso, Úrsula.

—La mina está cerca de Jovita Peak, en el área del pueblo, en realidad. Un bonito pueblo costero, con espléndidas montañas auríferas. La producción de oro en Estados Unidos está descendiendo, en general, pero en particular el rendimiento de la mina de Jovita Peak está superándose. De ahí que haya resultado elegida por Beveridge.

—Comprendido. ¿Cómo piensa actuar?

—Un avión cargado con seis cápsulas de ácido pícrico sobrevolará la mina, lanzando esas bombas.

—Una aterradora explosión, y tal vez una importante cantidad de víctimas —dijo, secamente, el hombre del

F. B. I.

Úrsula se humedeció los labios.

—Créelo o no, Sterling, yo no he intervenido en el planeamiento

de ese ataque a la mina —musitó.

—¿No?

—Mi misión era mucho más simple: Alva, desde París, envió datos y señas de personas entradas clandestinamente en el país, a las que podíamos presionar con facilidad. Beveridge hizo la selección del personal que necesitábamos, y mi trabajo consistió, únicamente, en localizar a esas personas y reunir las a las órdenes de Beveridge... Conoces el caso, porque tú fuiste uno de los seleccionados. Realizada esa operación, yo no tenía mayor responsabilidad.

—Está bien, Úrsula. Te he escuchado por educación. No obstante, eso lo explicarás, espero, ante un tribunal. Sigamos con la operación: se arrojan las bombas. ¿Qué más?

—Como dijiste, la explosión resultará aterradora. Y..., el quinto ruso..., es decir, el cuarto, el que tú no has localizado, hace unos días que está en Jovita Peak; es un agitador profesional, con grandes éxitos en sus actuaciones. Ese hombre está mezclado con los mineros, y en cuanto se produzca la explosión, cuyos daños, en verdad, no serán excesivos, puesto que las bombas, en su mayoría, estallarán en el aire, ese agitador tratará de convencer a la gente de que no se acerquen a la mina; tratará de demostrarles que ha podido ser una explosión de naturaleza atómica, con la consiguiente radiactividad. Mientras le escuchan, y sabemos que la gente ya le escucha, nuestro equipo de operaciones entrara rápidamente en acción, por entre el polvo y el humo; dos «jeeps», con tres hombres en cada vehículo. Ellos saben dónde está el oro, y van preparados contra los gases de las explosiones. Cargarán el oro a la mayor brevedad, y saldrán sin obstáculos; contamos con que el ruso agitador entretenga por miedo a la gente durante quince minutos; es suficiente. Con quince minutos, operación realizada.

Excepto el piloto, todos los hombres del

F. B. I.,

habían prestado atención a aquellas explicaciones de Úrsula.

Ella notaba el hielo de cinco pares de ojos fijos en su rostro.

Sterling dijo:

—De todos modos, os hubierais podido ahorrar a ese agitador. La gente, cuando vea los hongos de humo acre, perderá los deseos de acercarse a la mina... Muy bien: realizada la operación. Pero ese

avión tiene que salir de algún sitio, ¿no?

Úrsula asintió con la cabeza.

—De la explanada de Chico.

—¿Hora?

—No olvides que todo debía realizarse mañana, Sterling.

—Cierto. Por tanto, si Beveridge no tiene ninguna señal de alarma, el avión seguirá, con su cargamento explosivo, oculto en esa explanada. ¿Es así?

—Exactamente.

Sterling miró a Clifton.

—Comunica con la Delegación de Los Ángeles. Que se dirijan inmediatamente hacia Chico y, como primera medida, muy importante, anulen la amenaza de los explosivos. Que actúen con discreción, puesto que las cosas se le están complicando tanto a Beveridge, que temo que logre huir.

—No creo que ocurra, Sterling...

—A la radio, Clifton.

—Sí...

Instantes después se oía a Clifton manipular la radio. Sterling encendió un nuevo cigarrillo. Miró a Úrsula.

—Robado el oro —dijo—. ¿Dónde se traslada?

—A cinco millas de Jovita Peak existe un parque residencial, en la playa, con embarcadero propio. En ese embarcadero, un yate viejo, destartado, es una especie de cuartel general.

—No me parece un gran escondite, Úrsula.

—Es que hay algo más que el yate. Se trata de un artefacto que fabricaron dos de los rusos obligados a trabajar para nosotros. Es un batiscafo espacial; puede descender a grandes profundidades, y es allí, en ese batiscafo, donde Beveridge esperaba conectar la televisión y el teléfono, con derivaciones en el yate. Claro está, el yate y el batiscafo harían juntos algunas excursiones. El inofensivo yate en superficie, y el batiscafo en la profundidad. Ese batiscafo tiene, además, la particularidad de cierta autonomía...

—¿Cómo? Ese yate debe tener por lo menos media tonelada de cable unido al batiscafo.

—Lo tiene. Pero muy bien camuflado en el casco. Ese cable puede ser soltado voluntariamente, desde el yate, o desde el batiscafo, a la menor señal de peligro. Entonces, suponiendo que el

yate resulte sospechoso y sea capturado, el batiscafo suelta el cable y puede navegar y ascender por los mismos principios por los cuales el submarino flota y se sumerge. Beveridge se ha hecho..., o lo intentaba, hacerse instalar un circuito cerrado de televisión entre el batiscafo y el yate, para ver por sí mismo lo que ocurría en todo momento en superficie.

Sterling meneó la cabeza.

—No está mal —musitó.

—Sólo tu infiltración ha impedido que la operación se realice —dijo Úrsula.

—Entonces me felicito. La verdad, Úrsula: no esperaba esto cuando salí de Washington con destino a Checoslovaquia, para sustituir a Pavlovich... Esperaba algo relacionado con una célula de espionaje, o bien un sabotaje largamente preparado... Prosigamos: si Beveridge consigue meterse en el batiscafo, por descubrir nuestra llegada, ¿qué ocurrirá?

—Lo tiene todo perdido. Sin oro, sin comunicaciones, sin visibilidad, no creo, de veras, que se arriesgue a perderse en el mar. La huida, sin seguridad alguna, puede convertirse en un viaje al fondo del Pacífico, para siempre.

—Entiendo. Beveridge iba a huir solo con el oro.

—Con Alva.

—¿Y tú?

—He cobrado.

—Ya... ¿Adónde pensaban ir ellos?

—A cualquier isla habitada, con medios de transporte para desplazarse a Europa, donde Alva tiene contactos para introducir a Beveridge en un «pool» internacional del oro.

—Alva está muerta —gruñó Sterling.

—Entonces, todo es inútil. Alva muerta, no podrá introducir a Beveridge a «pool» alguno. Por otra parte, Beveridge está sin comunicaciones, y dudo de que consiga llevar a cabo el robo, puesto que... ustedes acaban de poner en guardia a la Delegación del

F. B. I.

Úrsula miraba a Clifton, que llegaba tras su comunicación.

—Listo, Sterling —dijo.

—¿Salen hacia Chico?

—Inmediatamente.

—De acuerdo... —suspiró Sterling—. Otro dato, Úrsula: el nombre de ese ruso agitador.

—Rodion Korolev.

—Cliffon: llama a Jovita Peak; habla con el «*sheriff*». Que detengan inmediatamente a ese hombre. Sin explicaciones, sin escándalo. De ser posible, hay que reducir silenciosamente toda esta amenaza.

—Parece que no hay nada que temer, Sterling —dijo Cliffon—. Si detenemos el avión y nos apoderamos de los explosivos, y, por otra parte, encarcelamos al ruso, no hay robo. En cuanto a Beveridge...

—Decidme posición actual del avión —gruñó Sterling.

—¿Qué te propones?

—No pierdas tiempo.

—Bien...

Cliffon se alejó, regresando unos instantes más tarde.

—Sobrevolamos Fort Bragg, ya en California.

—Magnífico. Hacia la costa. Concretamente, lo más cerca posible de ese parque residencial a cinco millas de Jovita Peak. Úrsula.

—Sí...

—Nombre del yate.

—«Shasta» —musitó Úrsula.

—De acuerdo. Comunica esas instrucciones al piloto, y que se ocupen de la detención del ruso agitador. Luego, nos procuraremos algunos paracaídas.

—Sólo hay dos, ya lo miré —dijo Cliffon.

—Bien. A lo tuyo. Cuando estemos en la posición adecuada para el lanzamiento, avisadme.

—¿Quién de nosotros te acompañará? —inquirió Cliffon.

Sterling sonrió levemente. Miró a Úrsula y dijo:

—Ella.

—Pero...

—Todo han podido ser mentiras, o verdades a medias, Cliffon. De ser así, voy a matar a Úrsula de terror, en el aire, o en cualquier sitio. Por lo pronto, tiene unos minutos para reflexionar.

Llegó Clifton.

—Ya, Sterling —dijo.

—Los paracaídas.

—Sí.

Un agente especial llegó con los dos paracaídas. Sterling le entregó uno a Úrsula, y él empezó a colocarse el suyo. Vio a Úrsula de reojo; ella no sabía qué hacer con el paracaídas.

—Ayudadla a colocárselo —dijo.

Mientras, la radio efectuaba una llamada. Clifton corrió hacia allí y Sterling esperó el resultado de la comunicación, ya listo para el salto en cualquier momento. Bastaba con dar unas simples instrucciones a Úrsula, y no alejarse mucho de ella.

Clifton atendió la comunicación y regresó junto a Sterling.

—Ha sido detenido el avión con sus tripulantes, y el cargamento explosivo está en manos del

F. B. I.

—dijo.

—Espléndido. Atención, Úrsula. El salto es sencillo. La anilla es la clave de llegar con vida a tierra. Saltaremos juntos, y observa mis movimientos. La compuerta.

Penetró un chorro violento de aire. Úrsula y Sterling se acercaron a la compuerta. Sterling miraba hacia abajo, y descubrió Jovita Peak, a lo lejos, por sus luces; el parque residencial quedaba en aquellos momentos casi bajo sus pies.

—¡Ya!

Ambos saltaron al unísono. Desde el avión, ya cerrada la puerta, esperaban con cierta ansiedad. Por fin, vieron abrirse dos hongos, y la velocidad de caída quedaba sensiblemente reducida.

Sterling estaba por debajo de Úrsula, y miraba también hacia el aparato, que viraba y perdía altura, en busca de alguna pista de aterrizaje, en las proximidades de Jovita Peak. No tardarían mucho en unirse a ellos.

El descenso se efectuó sin el menor incidente. Úrsula rodó por el suelo y Sterling, un tanto irónicamente, admiró una vez más la calidad de todo aquello que Úrsula poseía..., sin saber hacer un uso adecuado. En fin...

Se acercó a ella, la ayudó a ponerse en pie y a desprenderse del paracaídas.

—Andando —dijo Sterling—. No estamos lejos del parque y, por tanto, del embarcadero.

—Te he dicho toda la verdad, Sterling —musitó Úrsula—. A mí no me necesitas ya...

—¿Por qué he de fiarme?

Úrsula miró a Sterling a los ojos.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Tienes razón —sonrió tristemente—. Todo ha sido muy distinto de lo que yo esperaba... He pasado momentos felices, también de emoción, de angustia, de dolor..., y ahora de tristeza. ¿Y tú, Sterling?

—Bueno..., lo lamento, Úrsula. Lo único que puedo decir es que eres muy hermosa. Y..., yo he pasado momentos felices. Lo demás, para ser absolutamente sincero, no cuenta.

—¿No eres humano?

—A veces. Andando.

Vio las lágrimas de Úrsula, pero las atribuyó a la ira. La obligó a caminar, con rapidez, además, acercándose por momentos al embarcadero del parque residencial. En el club, a cosa de doscientas yardas, había muchas luces y animación.

X

PROCURANDO no ser vistos, eligiendo en todo momento las zonas más oscuras del embarcadero, que empezaba a resultar pequeño para el número de embarcaciones varadas en él, Sterling y Úrsula estaban tratando de localizar el yate llamado «Shasta». Hasta que Úrsula lo señaló con un dedo.

—Aquél es, Sterling —dijo.

—Ya... Hay luces. ¿Cuántos hombres crees que hay?

—No creo que demasiados. Pon un par de tripulantes. Tres, como máximo, y, es claro, Beveridge. Éste no necesita más, puesto que conoce perfectamente el manejo del batiscafo. Ya digo que sólo esperaba que llegaseis tú y Alva, para instalar comunicaciones y televisión. Te hubieran matado como a los otros..., suponiendo que yo no te hubiese avisado a tiempo.

—Es tarde para hablar así, Úrsula. ¿Y por qué emplear rusos?

—En parte, para tener en vilo al

F. B. I.,

desviándole, lógicamente, del verdadero camino. Luego, se hubiesen descubierto los cadáveres de dos de ellos, tú y Rodion Korolev por aquí, y, tal vez, se os hubiese atribuido el robo. Por otra parte, eran ideales para obligarles a trabajar para nosotros. Lo mismo hubiese dado que fuesen polinesios. Podíamos obligarle, e interesaban.

—Bien.

—Ahora...

De pronto, Sterling amordazó fuertemente a Úrsula, y la empujó hacia atrás, hacia la oscuridad más intensa, mientras la mirada del hombre del

F. B. I.

se posaba en un hombre vestido con pantalón azul oscuro, gorro de

lana y una gruesa cazadora de marino. El hombre caminaba con cierta agitación y sus pasos se dirigían hacia el «Shasta», o, por lo menos, a sus inmediaciones.

—¿Le conoces? —susurró Sterling.

Úrsula no se movió, no hizo gesto alguno.

Sterling emitió una silenciosa carcajada.

—Pertenece al «Shasta», ¿no?

Úrsula, por fin, asintió con la cabeza.

—Llámale —dijo Sterling.

—Pero...

—Hazlo. No me conoce, y a ti sí. Llámale.

—Como quieras... ¡Astor!

El tipo se detuvo, desconcertado. Miró hacia las sombras, y debió distinguir el rostro muy blanco de Úrsula. Sterling, detrás de ella, empuñando la pistola, observó, aliviado, que el tal Astor se acercaba. El tipo distinguió por fin plenamente a Úrsula, y gruñó:

—¿Qué haces aquí? Oh, entiendo... Todo ha ido mal en Trimble Island, ¿no? Acabo de llamar por teléfono y nadie responde. Creo que algo ha fallado... ¿Y quién es ese tipo que...?

—Acércate, Astor, y mira esto.

Astor se encontró con el cañón de la pistola casi entre los ojos. Respingó y miró torvamente a Úrsula.

—Perra... Esto es una cochina traición...

—Modérate, Astor —dijo Sterling—. Y empecemos por lo importante. ¿Beveridge está en el yate?

—No voy a...

Sterling le pegó un puntapié en el bajo vientre. No estaba para soportar bobadas de aquel tipo. Luego le asestó un tirón de cabellos, tirándole de cara contra el húmedo embarcadero.

—¿Dijiste que sí? —inquirió Sterling.

—S-sí...

—¿Está inquieto?

—Sí...

—¿Cuántos hombres hay con él?

—Dos.

—¿Dónde está el batiscafo?

—En un hueco de la línea de flotación del yate, bajo la madera de cubierta. El cable está al lado. Es un rollo muy pesado y

grande...

—Está bien.

Le asestó un golpe con el cañón de la pistola en la sien, dejándole sin conocimiento. Luego le quitó el cinturón y le ató manos y pies a la espalda, dejándole convertido en un extraño fardo. Sterling iba a incorporarse, cuando Úrsula, de pronto, con un jadeo, le empujó; no tanto la violencia del empujón como la difícil postura de Sterling, derribó a éste, quien cayó de costado.

Úrsula, entonces, echó a correr, zigzagueando, en dirección al yate.

Sterling enfiló la pistola hacia ella, furioso, pero no llegó a apretar el gatillo. Le disgustaba la idea de acabar con Úrsula con un balazo en la espalda. Se puso en pie y corrió también hacia el yate, en una fulminante reacción, con una idea bastante acertada de lo que iba a ocurrir. Por lo pronto, Úrsula ya había saltado a cubierta y retiraba por sí misma la pasarela, para desaparecer luego de la vista de Sterling, quien dio un rodeo y abordó el barco de un salto, aferrándose a la borda en el momento en que el motor del yate, de bastante mayor potencia de la que podía indicar el aspecto de la embarcación, se ponía en marcha, con un sonido característico.

El hombre del

F. B. I.,

sonrió; brillaron las puntas de sus dientes. Un simple impulso le dejó en cubierta.

Vio a uno de los tripulantes en la cabina alzada de proa, atento al timón. Supuso que el otro tripulante y Úrsula habían descendido a los camarotes.

Sterling trazó un rápido plan de acción.

Se deslizó hacia la cabina alzada y subió rápidamente, empuñada la pistola.

Abrió la puerta y el del timón se volvió:

—¿Qué haces aquí? Ve abajo y procura que el motor...

Calló de pronto.

El golpe asestado con la pistola le abrió la frente y le dejó sin conocimiento en brazos de Sterling, quien, en pocos segundos, cambió su gorro por el del marino, y se puso la cazadora de éste. Al tipo lo acurrucó en un rincón, muy cerca, por si había que golpear nuevamente, lo cual parecía probable.

Por el momento, Sterling siguió alejando el yate del embarcadero.

Y un minuto más tarde, Beveridge, Úrsula y el del motor, que lo había dejado a toda marcha, aparecían en cubierta. Iban hacia la borda, tratando de ver algo en el embarcadero. Algo discutían, pues Beveridge no parecía muy seguro de haber burlado tan fácilmente a un hombre del

F. B. I.

Por otra parte, estando el

F. B. I.

en peso en conocimiento del nombre del yate, era un absurdo error seguir adelante en el «Shasta».

Beveridge dejó a Úrsula y al otro tipo en cubierta, y se dirigió hacia la cabina alzada. Su propósito era claro.

Entró en la cabina y abrió la boca:

—Al embarcadero. Huiremos con otro...

—Hola, Beveridge. Pase, pase... No se quede expuesto al viento marino. Es de perros esta noche.

—Usted...

—¿Qué creía?

—Bien..., ya imaginaba que no sería tan fácil.

—Estupenda imaginación, para todo, Beveridge; el financiero que todo lo transformaba en oro; el hombre que quería ser dueño de un «pool» internacional del oro... Eso son grandes sueños, Beveridge, no cabe duda. Propios de un hombre de exaltada imaginación. Pues ya ve: se queda sin oro, sin Alva, sin «pool», sin dominio, y me temo que sin libertad..., o sin vida. En nuestro poder están el avión y los explosivos. Korolev, el agitador, habrá caído ya... ¿No se lo ha contado Úrsula?

—Ella me dijo que había que huir rápidamente, que había conseguido escapar de...

—Bueno, Úrsula nos lo contó todo. Y bien: puesto que usted lo quiere, Beveridge, nos vamos hacia el embarcadero. Me disgustaría no estar allí cuando lleguen los hombres del

F. B. I.

¿Omitió el detalle Úrsula?

Beveridge miraba con fijeza hierática a Sterling.

Y la pistola que éste empuñaba con la mano izquierda, mientras

gobernaba el timón con la derecha.

—No me habló del

F. B. I...

—musitó.

—Usted, a su debido tiempo, también lo pasó por alto, Beveridge. Como ve, el detalle ha resultado fatal. Hay cosas que la gente como usted debería tener siempre en cuenta. En fin..., su derrota, espero que lo admita, es total. Ni siquiera puede hacer uso del batiscafo con su relativa autonomía, como dijo Úrsula... Usted ni siquiera puede hacer uso de sus piernas. Más aún: no haga uso de un solo movimiento, Beveridge. Tengo la obsesión de conducirlo con vida ante un tribunal. A usted y a Úrsula. Son los únicos supervivientes de la operación oro. Pero le mataría si intenta huir.

—Bien...

—¿No entiende la situación? Úrsula y ese tipo que está en cubierta con ella, no sospechan la verdad de lo que está ocurriendo en esta cabina. Nos estamos acercando al embarcadero, y ellos lo consideran lógico, puesto que ésa ha sido su orden. Usted no se moverá de mi lado, Beveridge. De Úrsula y ese hombre se ocuparán mis compañeros.

Beveridge jadeó.

Era como una expresión de derrota.

—Le ha salido todo bien, ¿eh, Pavlovich?

—Heston —sonrió el hombre del

F. B. I.

—. Pues, la verdad, no puedo quejarme. Lo que más me duele de todo esto es la muerte de Gris. Se excedió en el cumplimiento del deber. Si en lugar de seguir a Alva nos hubiese comunicado sus sospechas sobre ella, Gris, ahora, estaría vivo. En fin..., lo lamentable es que vengarle no conduce a gran cosa.

—¿Cómo huyó de Trimble Island?

—Fácilmente. ¿Qué importa eso ahora? ¿O acaso se creía dueño de algo inexpugnable? Hágase a la idea: su base, si es que la tenía, se ha derrumbado, Beveridge. Hubiese podido seguir siendo un financiero mediocre.

—¡Usted qué sabe...! —masculló Beveridge.

—Está a la vista el resultado.

—Sí, pero pude triunfar.

—No importa. Estamos llegando al embarcadero. Póngase a mi izquierda, mirando hacia allí. No se mueva, Beveridge. Le aseguro que todo esto lo hago por no matar. Úrsula y ese hombre de abajo no son enemigos para mí.

Beveridge tuvo que obedecer.

—¿Usted mató a Alva? —susurró.

—Fue un accidente; quiso gasearme.

—Ya...

—Imagino que es lo que hubiese hecho con usted, Beveridge.

—¡Miente!

Sterling rió brevemente.

—¿La amaba, Beveridge? —inquirió.

—Ella y yo, una vez en París, con el oro, nos hubiéramos casado.

—Lo dudo.

—Pues no...

—¿Ha visto casarse alguna vez a un pedazo de mármol?

—No sabe lo que dice. Ella fue mía y...

—Vaya... Hasta el mármol sabe moldearse cuando conviene a ciertos intereses. En fin... La verdad es que casi nunca se descubre nada nuevo, sólo ocurre que es difícil imaginar ciertas situaciones. Ahora, vea algo tan real y esperado como la aparición de los coches del

F. B. I.,

en el embarcadero. Y oigo rumor de lanchas patrulleras. Siga quieto, Beveridge.

Beveridge estaba tan envarado, tan paralizado, que la orden era inútil.

Fue Úrsula la que se percató del peligro.

Se precipitó hacia las escalerillas que conducían a la cabina alzada, abrió la puerta y gritó:

—¡Nos están acorralando...! ¡Debemos...!

La sonrisa de Sterling cortó la voz de Úrsula. Sterling ya había soltado el timón y se volvió hacia la puerta, mostrando la pistola a Úrsula, que estaba petrificada, lívida.

—Tú...

—Ya ves, Úrsula. Es mi oficio: estar allí donde menos me esperan y desean verme. Perro oficio, en realidad, porque casi nunca soy grato. En fin... Vayan bajando. Usted primero, Beveridge;

con las manos en alto. Luego tú, Úrsula, de la misma forma, en actitud inequívoca; que mis compañeros del

F. B. I.,

no se desgañiten ni pierdan el tiempo con precauciones que ya son inútiles. Vamos, muévanse.

Beveridge tenía los ojos casi desorbitados, mirando a Sterling.

—No cometa una tontería, Beveridge. Personalmente, sería un placer matarle, ¿comprende? —dijo, con voz seca, el hombre del

F. B. I.

Sin pronunciar palabra, Beveridge empezó a bajar, con las manos en alto.

Luego, Úrsula. Pero antes de iniciar el descenso, dijo:

—Es curioso, como-te-llames; no sé si te amo, o te odio, o me odio a mí misma, por incauta.

Sterling sonrió.

—No te culpes. Has conocido a un hombre extraordinario en algunos aspectos. Consuélate pensando eso.

—Sí...

—Y ya no hay nada más que hablar, Úrsula.

—Sin embargo, aquella noche...

—Una más —cortó el hombre del

F. B. I.

—. A veces, es cuestión de oficio. Ya te lo he dicho: el mío es un perro oficio. El espía no debe amar, ni soñar, ni tiene derecho a vivir demasiado... Ahora, Úrsula, ve bajando. Ya te están esperando mis compañeros del

F. B. I.

Úrsula miró.

Sí; ya estaban allí. Habían tomado el yate con absoluta facilidad. Beveridge y el tripulante que había quedado en cubierta, sin mover un dedo por defenderse, lo cual denotaba cierto grado de inteligencia, estaban ya en manos del

F. B. I.

Úrsula miró también a Sterling.

—Creo que te odio —musitó.

Y se sintió humillada, completamente derrotada, cuando, bajando ya, oyó la suave y burlona carcajada del hombre del

F. B. I.

El odio de una mujer no era nada nuevo para Sterling Heston.

Miró a Úrsula, tan bonita; como una muñeca... de cuerda rota. Ya no daría pasitos hacia adelante; si acaso, en círculo, hasta el final. Como Beveridge; pasos en torno, acercándose a un centro fatal.

Úrsula cayó en manos de los hombres del

F. B. I.

Todos estaban abajo, y Cliffton ya había dado instrucciones. En pocos momentos, todos los secretos del yate quedarían al descubierto. La gran operación quedaba en un intento.

Sterling miró al tipo que estaba a sus pies. Estaba dando señales de vida en aquellos momentos.

—Tú..., abajo —dijo Sterling.

El tipo le miró, sin comprender aún.

—Vamos, abajo, que te están esperando. Tienes una cita con la Ley, como los otros.

Le ayudó a ponerse en pie, y le empujó hacia las escalerillas de la cabina alzada.

Allá iba; a su cita con la Ley, sí. Como Beveridge y Úrsula.

Luego, encendiendo un cigarrillo, Sterling bajó también.

Cliffton tuvo un momento libre para él.

—Eres grande, Sterling —dijo Cliffton.

—Gracias, muchacho. ¿Todo bien?

—Estamos sacando al aire toda la basura.

—Ya... Seguid, seguid...

FIN

NUESTRO PROXIMO TITULO:

Cirugía de emergencia

LOU CARRIGAN

El agente del F.B.I. Kelly Killman parpadeó. Estaba evidentemente desconcertado.

—¿Qué... qué dice...?—musitó.

—Le he preguntado si alguna vez ha tenido usted hambre...—repitió su interlocutor—. Pero no un hambre normal, sino atroz. Un hambre terrible, que produce la sensación de un... Sí, es como una especie de humo que se está llevando nuestra vida. Es algo espantoso, increíble, infrahumano, lo que se siente cuando sabemos que el hambre puede matarnos de un momento a otro.

El «G-man» asintió con la cabeza. Tenía fruncido el ceño, porque todavía no comprendía muy bien aquello.

—Mire, señor...—masculló—. Nosotros, el F.B.I., estamos investigando la muerte de un eminente cirujano, que fue hallado en su quirófano privado, muerto. Le habían amputado un brazo... Aunque, realmente, todos los indicios tienden a demostrar que esa amputación se la hizo él mismo. Una barbaridad. La consecuencia fue lógica. Se desvaneció a medio trabajo..., y murió desangrado. Y ahora, dígame, por favor: ¿qué puede tener que ver esto con esa hambre espantosa, infrahumana, de que usted me está hablando?

F.B.I. 914-4

Entre todas las colecciones,
sólo una favorita del público:

RURALES de TEXAS

- ▶ Hombres al margen de la ley.
- ▶ Fugitivos de la justicia.
- ▶ Desalmados y criminales.

y, enfrente, los

RURALES de TEXAS

Exponiendo sus vidas para
imponer a fuerza de coraje y
bravura el dictado de la ley.

UNA SERIE DE NOVELAS DISTINTAS Y MEJORES

Cada argumento, una sorpresa
Cada página, una emoción

*

Es, naturalmente, una publicación de

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García.17 • MADRID-5



PRECIO DE ESTE VOLUMEN
10 Pesetas

